BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

LA CALLE DE LAS ESMERALDAS



LA CALLE DE LAS ESMERALDAS

George Sound



Colección TAM-TAM n.° 47

Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 - Barcelona

tam
tam
tam
tam
tam
tam



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

42 — Mundo inhabitado. Alex Simmons.
43 — La paz peligra en Turquía. George Sound.
44 — Contrabando de armas. Bab Fleming.
45 — El señor de la estepa. Alex Simmons.
46 — La sombra de la diosa Kali. Curtis Garland.

ISBN 84 02-092780
Depósito legal: B. 9.471-1983
Impreso en España Printed in Spain
1. a edición: mayo, 1983
2ª edición en América: noviembre, 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

ATRAVESÓ a empujones la Quinta Avenida. Chocó con varios transeúntes, pero siguió corriendo sin volver la cabeza. Sabía que le estaban siguiendo.

Tomó aliento junto a una esquina durante breves segundos. Hinchó el pecho hasta conseguir que los pulmones se le llenasen de aire. Estaba exhausto. Sacó la cabeza con sumo cuidado y comprobó una oleada de gente que era empujada y trastabillada a unos cien metros. Tenía que seguir corriendo si no quería que le atrapasen.

Entró en uno de los muchos pasadizos que atraviesan las intrincadas callejas de Nueva York, saltó con gran agilidad un muro, a pesar del cansancio, y siguió corriendo entre cubos de basura y ropa tendida.

Oyó el estrépito que sus perseguidores formaban al tropezar con un cubo. «No podré escapar», pensó. Y continuó su loca carrera.

Volvió a saltar una nueva valla que le impedía el paso. Cuando cayó al suelo sintió un agudo dolor en el tobillo. «Me he roto el pie, estoy perdido.» Consiguió levantarse tras grandes esfuerzos y cojeando intentó seguir su camino. Llegó hasta una plazuela y tuvo que apoyarse en una pared para no caer.

Por el lado contrario aparecieron dos hombres mirando hacia todos lados. Uno de ellos le vio junto a la pared, intentando meterse en un portal.

El negro, al saberse descubierto, giró por uno de los laterales de la plaza y salió a la calle principal, arrastrando el pie herido.

No tuvo tiempo de dar más de cuatro pasos. A corta distancia, uno de sus perseguidores le apuntaba con una pistola. El disparo retumbó en el aire.

Walter Thompson se llevó la mano al pecho. Se sintió desfallecer y poco a poco las fuerzas le fueron abandonando. Quiso volver el rostro para ver por última vez a su enemigo, pero ya no pudo.

Con la mano derecha, intentó taponarse la herida de la que manaba abundante sangre. Los dedos se fueron escurriendo hasta caer, casi sin vida, sobre su pierna. Tendido en el suelo esperó la muerte.

Entre brumas vio el rostro del hombre. «Me quiere rematar», se dijo. Y esperó con resignación el siguiente disparo.

—¿Me escucha, señor? ¿Puede usted hablarme? Tranquilícese,

llamaremos a una ambulancia enseguida. ¿Puede verme?

Walter hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza.

—No se preocupe usted. Pronto llegarán.

El negro alargó la mano en un supremo intento de agarrar por la solapa al hombre que Se socorría, y atraerle hacia sí.

George Brunner comprendió al momento las intenciones del herido y se aproximó hasta él.

El moribundo hizo un gesto para que el hombre se aproximara aún más y con un hálito de voz le dijo:

—¡Escúcheme!, ¡por favor!

George pegó el oído junto a sus labios.

El negro prosiguió:

—Voy a morir. No tengo mucho tiempo. La herida está junto al corazón y ya he perdido mucha sangre.

Hizo una pausa para tomar aliento.

—Vaya al número 45 de la calle 32. En el segundo piso letra B encontrará usted a mi hijo. Me está esperando. No deje que se lo lleve la policía cuando tengan noticia de mi muerte. Se lo suplico, ¡ocúpese de él! ¡No le deje solo!

—No se preocupe. Usted se va a curar. Ya está aquí la ambulancia.

De un coche blanco se bajaron dos hombres con bata blanca que transportaban una camilla.

Uno de ellos se arrodilló junto al herido y le cogió el pulso. En ese mismo instante Walter Thompson giró la cabeza y giró los ojos.

—Ya es tarde —dijo el enfermero—. Acaba de morir.

George Brunner, preocupado, preguntó:

—¿Está seguro?

El enfermero le miró con gesto de disgusto.

—Es mi oficio, ¿no?

Y luego, pensando que quizás fuera un familiar le dijo:

—¿Le conocía usted?

—No —respondió George—, Yo me dirigía a mi hotel, cuando encontré a este hombre aquí, herido de muerte.

—Tendrá que explicar algunas cosas a la policía —le dijo el otro camillero.

—Ahora tengo un compromiso irrevocable. Luego me presentaré en la comisaría para ofrecer todo tipo de explicaciones, aunque sé lo mismo que ustedes, pero en este momento tengo que marcharme. Para cualquier cosa, me encuentran en el Waldorf Astoria. Soy George Brunner.

Se alejó del lugar del accidente y no había andado ni doscientos metros cuando oyó la sirena de la policía, que con gran aparato se

dirigía al punto del crimen.

«He de darme prisa si quiero llegar antes que ellos». Y paró el primer taxi que pasó junto a él.

* * *

El número 45 correspondía a uno de los bloques que formaban unas modestas casas cuyo patio central estaba atestado de chiquillos que gritaban y se insultaban entre sí mientras daban patadas a un mugriento balón.

El estrecho y oscuro portal, daba una impresión sucia y sórdida a la vivienda. Las escaleras estaban llenas de papeles, cáscaras de naranjas, escupitajos y un sinfín de porquerías.

Llegó al segundo piso. En el rellano comprobó hacia qué lado estaba la letra B. Se dirigió con paso seguro a la derecha y buscó el botón del timbre. Apretó varias veces pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar, esta vez con los nudillos.

Los goznes de una puerta chirriaron.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó una mujer de color.

—¿No hay nadie en casa? —preguntó a su vez George.

La vecina le miró de pies a la cabeza.

—No. Walter tuvo que salir y Arlie ha bajado al patio, a jugar. Estaba harto de esperar a su padre.

—Yo vengo de parte de su padre. ¿Me puede decir dónde le encuentro? No le conozco.

—En ese caso espere —dijo la vieja—. Mandaré con usted a mi nieto para que le diga quién es.

Cerró la puerta y George la oyó gritar a su través:

—¡Niño, baja a buscar a Arlie! Hay un hombre que quiere verle.

A los pocos minutos, la puerta se abrió nuevamente y por ella salió un muchachito negro de pelo muy rizado con ojos de cervatillo.

—¡Hola, chaval! Soy George —y le tendió la mano.

El niño le miró con desconfianza y se dirigió a las escaleras. George le siguió si dar importancia al desprecio del chico.

—¿Conoces hace mucho tiempo a Arlie? —le preguntó dudando si no se habría confundido en el nombre del niño.

—Sí —respondió el crío—. Un año. Si vino a vivir a esta casa hace un año. Es un chaval muy simpático. Pero siempre está solo. Yo me llevo bien con él. Ahora iba a jugar un partido de fútbol y yo no he podido bajar porque me abuela me ha castigado. He tirado una botella de leche.

George se echó la mano al bolsillo y sacó un dólar:

—Toma —dijo alargándoselo— para que puedas comprar otra y así

te deje tu abuela bajar a jugar.

—¡Uau! —dijo el chaval—. Gracias. Primero pensé que era usted un poli. Pero los polis no dan dinero y son muy antipáticos. Me compraré un par de cigarrillos con lo que me sobre. ¿Sabe que ya fumo?

George sonrió.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó en tono de hombre a hombre.

—Casi diez. Arlie sólo tiene ocho, aunque está más alto que yo. Pero lo que cuenta es la experiencia de la vida que tiene uno —dijo con aire de sabihondo.

—Ya comprendo —respondió George—. Oye…

—Mackie, me llamo Mackie.

—Oye, Mackie —prosiguió George—. ¿Y la madre de Arlie? ¿No está en casa?

—Creo que no tiene madre. Cuando vino a vivir llegó solo con su padre.

—Está bien.

—No parece que conozca usted mucho a Arlie —dijo el mocoso con aire de misterio.

—Y tienes razón. Nunca he visto a Arlie. Sólo conocía a su padre.

Habían terminado de bajar las escaleras y comenzaban a atravesar uno de los patios donde jugaban al fútbol.

—En éste no está —dijo Mackie—. Estos que juegan aquí son unos «pringaos»…

George rió. Le hacía gracia la forma de hablar de Mackie.

Llegaron al patio contiguo que pertenecía al siguiente bloque.

—Mírele, ahí está.

Y señaló con el dedo a un grupo de chiquillos, donde había tres de color.

—¿Quién es? —preguntó George sin saber a cuál de los tres se refería.

—El más alto —dijo el niño—. Juega muy bien al fútbol. Lo quieren en todos los equipos. ¡Arlie, Arlie, ven! —gritó el grupo.

El más espigado de todos le hizo un gesto con la mano para que esperase.

—¡Qué chupinazo! —dijo Mackie—. ¿Ha visto usted? Ya le he dicho que es un fenómeno. ¡Eres un tío, Arlie! ¡Vaya gol! —gritó a su amigo.

El pequeño futbolista se dio una carrerita y se acercó a Mackie. Echó una ojeada a George pero sin hacerle más caso preguntó a su amigo:

—¿Qué quieres, macho? No me interrumpas ahora. Vamos ganando por dos a uno, aunque lo tenemos muy chungo. Estos son muy buenos y nos pueden dar sopas con hondas en cualquier momento.

—Este señor te quería ver —le dijo señalando con el pulgar a George.

—¿A mí? —preguntó incrédulo Arlie.

—Sí —contestó George—. Vengo de parte de tu padre.

—¡Ah, ya! —dijo el chico con un gesto de indiferencia—. Me imagino para lo que es entonces. Que se tiene que ir de viaje y estará unos días sin venir. Que me porte bien con mamá Boogie.

—Esa es mi abuela —interrumpió Mackie.

—Y que se traerá un regalo cuando vuelva.

George se quedó desconcertado a la vez que un sentimiento de tristeza se apoderaba de él.

—Te equivocas —dijo feliz de poderle dar una noticia distinta a la que el niño esperaba—. No es eso.

Y pensó que lo que tenía que decirle era mucho más grave de lo que el crío pensaba. Se sintió conmovido y sin fuerzas para decirle la verdad en aquel momento.

George le dijo:

—Será mejor que termines primero ese partido y luego te lo cuento, mientras merendamos.

—¿Mientras merendamos? —dijo Arlie con los ojos muy abiertos.

—Sí, hombre, sí. Me imagino que por aquí habrá algún sitio donde merendar, ¿no?

—Sí, claro que sí —dijo muy contento el niño—. Donde el tío Mac hacen una tarta de manzana estupenda…

—Pues vamos —le dijo George dándole una palma— dita en el culo —. Termina ese partido rápido, yo te espero aquí. Me ha dicho Mackie que eres un fenómeno y quiero saber si exagera.

—Ya verá como no —dijo Mackie.

El chavalín se fue sonriente hacia el grupo de amiguetes que ya empezaba a increparle por su tardanza.

—Vamos, Arlie. Que se nos hace tarde. Siguieron jugando durante diez minutos. En ese tiempo, Arlie metió otro gol. Dirigiéndose hacia donde estaban su amigo y el hombre hizo el signo de la victoria con sus dedos regordetes.

Por la puerta del patio entró otro grupo de niños. Uno de ellos, el que parecía mayor dijo a los que jugaban.

—Lo siento, chicos, se os ha terminado el tiempo. Nos toca a nosotros.

Con aire compungido los aprendices de futbolista cogieron la pelota y se marcharon. Arlie fue hasta ellos.

—¿Sigue en pie lo de la merienda? —dijo desconfiando de que pudiera ser cierta la maravillosa proposición que le había hecho el desconocido hacía un cuarto de hora.

—Pues claro. Venga, llévame donde el tío Mac.

George le dijo a Mackie:

—Puedes venir tú también, si quieres.

—No —contestó el muchacho— prefiero arreglar antes lo de la botella de leche y además he tardado ya mucho tiempo. No quiero que me castiguen otra vez. Dentro de una hora hay otro partido y no me gustaría perdérmelo.

—Como quieras —contestó George—, Vamos nosotros, pues.

Cogió al niño por el hombro y se dirigieron a la salida del patio.

—¿No va a venir mi padre? —preguntó de repente Arlie, como si se imaginara algo raro.

—No. Tú te vas a venir conmigo, ¿quieres?

—Estupendo. ¿Dónde vives?

—En el Waldorf Astoria. Es un hotel.

—¿Un hotel? ¡No me digas! ¿Y me vas a llevar a mí a ese hotel?

—¡Claro, hombre! Eso mismo es lo que te estoy diciendo.

De pronto los ojos de Arlie se nublaron.

—¿Y mi padre, no va a venir?

George tragó saliva para poder pasar el nudo que tenía en la garganta.

—No, hijo. De momento, no. Estará una buena temporada fuera. Pero, tranquilo. Yo me ocuparé de ti.

—¿Eres muy amigo de mi padre?

George pensó la respuesta.

—Sí. Muy amigo.

Se dirigieron a la pequeña cafetería del tío Mac donde, a decir verdad, la tarta de manzana era deliciosa. Arlie se comió dos raciones.

Siguieron charlando de fútbol, de rugby, de carreras de caballos. Arlie, a pesar de sus ocho años «estoy a punto de cumplir nueve», decía una y otra vez, era un entendido en deportes y en convivencia callejera.

—¿Y qué vamos a hacer con el colegio? —le preguntó George.

—Eso es lo de menos. Yo soy un chico. Si tú me enseñas, yo puedo aprenderlo todo —dijo con seguridad.

—Bueno, eso lo veremos más tarde. Ahora lo más importante es que yo me haga un plan contigo. No tengo hijos y te advierto que no sé muy bien cómo tratar a un niño de tu edad.

—Pues de momento lo estás haciendo de maravilla —respondió Arlie. George no tuvo más remedio que soltar una carcajada.

—Si te parece —le dijo— ahora volvemos a tu casa y coges alguna ropa. O mejor, compraremos toda la ropa nueva. ¿Qué te parece?

—¿Ropa nueva? ¿A mí?

—Sí, a ti, Arlie.

—¡Yupiiii! ¡Eres un tío grande…! ¿Y cómo te llamas?

—George.

—Tío George —dijo el niño—, eres un tío grande.

Cuando salieron del café del tío Mac todavía reían el juego de palabras.

Capítulo II

GEORGE se sintió mucho más relajado dentro de la bañera. Arlie seguía durmiendo apaciblemente.

«Tengo que encontrar una solución a este dilema. Me da pena dejar al crío en un orfanato, pero tampoco puedo hacerme cargo de él. Tiene que ir al colegio, hacer la vida de un niño de su edad y yo solamente tengo este mes de vacaciones antes de volver a Texas. No sé qué voy a hacer.»

Absorto en estos pensamientos no se dio cuenta de la presencia de Arlie.

—¡Buenos días, tío George! ¡Qué bien he dormido en esta cama! Todo esto me parece un sueño.

—Pues no lo es. Puedes tocarme la cara si quieres, verás cómo soy de carne y hueso. Y hablando de otra cosa, Arlie, ¿tienes hambre?

—¡Uf! Mi padre dice que siempre tengo hambre. Y es verdad. Siempre tengo hambre.

—Entonces lo mejor será que yo salga de esta pecera, nos vistamos y vayamos a desayunar. O Tal vez sería mejor que lo subiesen aquí, ¿qué te parece?

—¿Aquí, a la cama? —dijo sorprendido Arlie.

—Sí. Eso es lo que vamos a hacer. Así mientras podremos arreglarnos tranquilamente. Y tú tienes que ducharte también.

—¡Caramba! Eso sí que no me gusta. ¿No hay más remedio? —preguntó apesadumbrado.

—No, no lo hay.

—Bueno, entonces, lo haré. Pero quiero que sepas que no me hace mucha gracia. Con papá me lavaba muy poco.

—Pues eso me parece muy mal. Anda, voy a llamar por teléfono para que suban el desayuno y ahora mismo vengo a ayudarte.

George Brunner se dirigió al salón terriblemente preocupado. Marcó el número de recepción y pidió que les sirvieran dos desayunos completos. Volvió al cuarto de baño, ayudó a Arlie a lavarse y luego le dejó solo poniéndose la ropa nueva que la tarde anterior habían comprado.

Lo primero que debía de hacer era buscar a una persona que hiciera compañía a Arlie, porque él no podía estar todo el tiempo con el

muchacho. En cierto modo también quería disfrutar sus vacaciones aunque era consciente de que todo había cambiado al meterse en aquel tremendo lío.

Cogió el periódico y buscó en los anuncios de baby-sistter. Se ofrecían una larga lista de chicos y chicas para cuidar niños.

«Betty, gran experiencia, día y noche. Llamar al 234 73 85».

—Esta misma —dijo George en voz alta.

Marcó el número de teléfono que venía en el periódico. Al poco tiempo, una voz juvenil se puso al aparato.

—¿Señorita Betty, por favor?

—Soy yo misma. ¿Qué desea?

—He leído su anuncio en el periódico. Necesito que cuiden a… —dudó que es lo que tenía que decir, pero rápidamente salió del apuro— a mi sobrino.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de semanas, aproximadamente. Pero quizás sea mejor que hablemos esto personalmente. ¿Tiene usted inconveniente en acercarse al Waldorf Astoria? Estoy aquí hospedado.

—En absoluto. Déme su nombre y voy para allá.

—Estupendo, Brunner, George Brunner.

—Estaré allí en media hora. ¿Le viene bien?

—Muy bien. La esperamos. Hasta ahora.

Se sintió satisfecho cuando colgó el teléfono. Por lo menos una cosa le había salido bien y era lo mejor para Arlie. Podría estar con otra persona más joven que él y a la vez conseguía mayor libertad de movimientos.

«Tampoco soy tan viejo», pensó. Y tenía toda la razón. George Brunner tenía treinta y tres años, alto, fornido, recordaba enteramente a los galanes de películas de vaqueros. De espaldas anchas, pelo negro ondulado y ojos brillantes y risueños. Su mayor atractivo era la sonrisa. Con ella había conseguido las mejores conquistas. Aunque no era mujeriego, sabía apreciar una buena compañía.

Arlie apareció ante su vista como un brazo de mar, limpio, bien peinado, reluciente. La ropa le sentaba a las mil maravillas.

—¿Cómo me encuentras? —le preguntó—. Yo casi no me reconozco. En mi vida he tenido ropa tan bonita.

—Estás muy bien, Arlie. Los pantalones te están perfectos.

—Me gusta mucho que me hayas comprado estos pantalones largos. Estaba ya harto de llevarlos siempre cortos. Mi padre no se fija en estas cosas y sigue comprándome los pantalones como cuando tenía cuatro años. ¡Ya soy mayor!

—Tienes toda la razón. ¿Has recogido tu ropa sucia? Habrá que mandarla a lavar.

—Sí, tío George. Pero…

El niño se quedó callado durante unos momentos. Luego prosiguió:

—Es que papá me dijo que no se lo diese a nadie.

—¿Que no le dieras a nadie la ropa? No entiendo.

—No, la ropa no —dijo el niño—. Otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Si te lo digo, a lo mejor luego, cuando venga me regaña.

George, pensando que sería un momento bueno para comunicarle la muerte de su padre le dijo:

—No te preocupes por eso, Arlie. Tardará mucho tiempo en volver.

—¿Mucho, mucho?

—Sí —contestó lacónicamente George.

—¿Meses o años? —preguntó.

—Años, muchos años.

—Eso quiere decir que no va a volver nunca —comprendió Arlie—. ¿No volverá nunca, verdad?

Y empezó a llorar. George se acercó a él y le dio un fuerte abrazo.

—¿Se ha muerto? —dijo Arlie entre sollozos. George se armó de valor.

—Sí, Arlie. Ha muerto. Pero no debes de preocuparte. Yo estoy aquí.

Arlie lloraba con desconsuelo sin pronunciar palabra.

—Yo estaré contigo —prosiguió George— y te prometo que no te dejaré solo. Verás cómo te cuido muy bien, Arlie.

El niño se echó en sus brazos y musitó:

—¡Tío George!

En ese momento llamaron a la puerta. George sacó un pañuelo del bolsillo de su americana y secó las lágrimas del niño.

—Tiene que ser fuerte, Arlie. No llores más. Nadie debe de saber lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Tu padre me pidió que te cuidase y que no le dijésemos a nadie que él iba a morir. ¿Sabrás guardar la promesa?

—Claro que sí, tío George. ¡Qué cosas tienes! —dijo ya más animado.

George se dirigió al otro extremo del salón.

—Puede entrar —gritó.

Un camarero dejó la bandeja repleta sobre la mesa.

—¿Le sirvo el café, señor?

—No se moleste, gracias. Lo haré yo mismo.

Volvieron a quedarse solos. Arlie aprovechó entonces para darle un papel.

—Toma, esto me lo dio papá para que lo guardase y no se lo diese a nadie. Pero creo que te lo puedo dar a ti.

George cogió el trozo de papel y lo abrió. «El bolito. Calle Medellín. Bogotá».

—¿Qué es esto, Arlie? ¿Tienes alguna idea?

—No. Papá me lo dio hace unos días. Me dijo que lo guardara yo mismo y que no lo perdiera ni se lo diera a nadie. No sé nada más. ¿Piensas que es algo malo?

—No tengo ni la más remota idea.

Pero George pensó para sus adentros que aquella dirección tenía mucho que ver con la forma en que había encontrado la muerte el padre de Arlie. Uno no recibe un tiro en el corazón por casualidad. Walter Thompson debía de tener entre manos algún asunto que le costó la vida.

—¿A qué se dedicaba tu padre, Arlie?

—Tenía negocios y viajaba bastante. Yo me quedaba mucho tiempo solo pero mamá Boogie se ocupaba de mí y me daba la cena y me acostaba. Papá me decía que para tener dinero tenía que trabajar mucho. El empezó a viajar cuando se murió mi madre. Era muy guapa. Ahora estarán los dos juntos, ¿verdad, tío George? —preguntó con voz muy dulce.

Desde aquel momento George Brunner comprendió que ya no iba a separarse nunca de aquel pequeño.

Volvió a leer la nota. Un extraño interés por comprender el sentido de lo escrito le hizo pensar en un posible viaje. Estaba de vacaciones, tenía dinero, no conocía Colombia y tal vez allí podría descifrar la misteriosa muerte de Thompson.

El afán de aventura siempre había atraído a George Brunner. ¡Y ahora se le presentaba una ocasión idónea, que tal vez no volvería a tener en su vida! Lo había decidido. Al día siguiente saldría para Colombia. Si la baby-sistter le gustaba, dejaría a Arlie con ella hasta su vuelta.

* * *

—Tío George, llaman a la puerta —dijo Arlie con la boca llena con un trozo de bollo.

—Pase, está abierta —dijo George.

En el umbral apareció una joven preciosa. La melena rubia le caía sobre los hombros en graciosos mechones, los ojos, de un azul claro miraban con simpatía la escena. Unas piernas largas y muy bien formadas se perdían en sus caderas redondas.

George se puso de pie y sacudió levemente la cabeza como para saber si aquella aparición era real.

—Soy Betty Mansfield. ¿Es usted el señor Brunner?

—Sí, por favor, pase y discúlpeme. He quedado un tanto sorprendido, pase. No la esperaba tan pronto —dijo para no parecer un tonto.

—Le dije que llegaba en media hora y aquí estoy. Me imagino que éste es su sobrino, ¿verdad?

—Está usted en lo cierto, señorita. Arlie, ésta es la señorita Betty.

—Hola, ¿cómo estás?

—Llámame Betty, es mejor.

—Siéntese, por favor. ¿Quiere un poco de café? Llega a tiempo.

—Sí, gracias. Aunque ya he desayunado, nunca digo que no al café. Hay días que me tomo hasta seis.

—Bueno, ¿estaría usted dispuesta a quedarse con mi sobrino?

—Claro, señor Brunner. Este es mi trabajo… por el momento.

—¿Y eso?

—Acabo de terminar ingeniero agrónomo y mientras preparo la tesis doctoral, me ayudo cuidando niños.

Aunque tengo una beca bastante buena, no me da para caprichos y eso es fundamental para alegrarse la vida.

—¡Ingeniero agrónomo! ¡Si casi somos colegas!

—¿Colegas? ¿Es usted ingeniero también?

—Por favor, Betty, ¿no te importa que te tutee, verdad?

—En absoluto.

—Entonces, llámame George y háblame de tú. Hice ingeniería de minas, pero desde hace siete años trabajo en Houston, en un pozo petrolífero. Soy el «olfateador, como me llaman los otros compañeros.

—¡Caramba! Tío George, ¿tú tienes petróleo? —preguntó admirado Arlie.

—No, hijo, desgraciadamente no tengo petróleo. Lo busco y me pagan por encontrarlo.

Y dirigiéndose nuevamente a la joven prosiguió:

—Encontré una nueva veta, magnífica, hace cosa de seis meses. Trabajé en ella como un loco, pero me ha servido para ganar un buen dinero y para poderme tomar este merecido mes de vacaciones.

—Es un trabajo muy interesante el que haces —dijo Betty—. Bueno y hablando del niño. ¿Qué tiempo tendré que quedarme con él?

—Verás. Creo que podías venirte aquí al Waldorf, mientras yo esté hospedado. Pero hay un problema. A mí me gustaría irme a Colombia y en ese caso te quedarías tú sola con Arlie.

—No, tío George, no te vayas, por favor. No quiero quedarme solo. No te vayas…

Arlie empezó a llorar desconsoladamente. George trató de consolarle de mil maneras, pero no había forma. Betty trató también de hacerle comprender. Le quiso engatusar con el zoológico, el parque de atracciones, el cine, pero no hubo forma.

George comprendió lo que el niño sentía al ver que la única persona

que podía ocuparse de él se marchaba.

—Soy un estorbo para ti, no quieres que me quede contigo —dijo entre llantos Arlie.

George se desarmó.

—Está bien, iremos los tres a Colombia, si es que Betty no tiene inconveniente. ¿Qué os parece?

—Por mí encantada. Tengo tiempo suficiente para preparar mi trabajo como es debido y por otra parte, tampoco me vendrán mal unas vacaciones, aunque tenga que ocuparme de este jovencito —dijo haciéndole una caricia— con el que estoy segura de que me voy a llevar muy bien.

—Sí, tío George, vámonos los tres juntos…

Arlie pasó del llanto a la risa en un momento.

—Betty, ¿no tienes ningún problema para venir? Tan sólo serán dos semanas. ¿Conoces Colombia? Tal vez menos…

—No y te aseguro que me hace muchísima ilusión, sobre todo porque en ningún momento pensé, al traspasar esta puerta, que detrás me estaba esperando un viaje a Colombia.

—Entonces no hay más que hablar. Vamos a salir ahora mismo los tres juntos y vamos a reservar los billetes para mañana. Luego haremos algunas compras, comeremos' en cualquier sitio y nos iremos después al cine.

—Yupiii, qué bien lo voy a pasar, tío.

Y le dio un beso a George en la mejilla, pringándole de mermelada y chocolate.

—Lávate las manos después de comer, Arlie. Si quieres que nos llevemos bien…

Arlie la interrumpió.

—¿Otra vez a lavarme? Me voy a desgastar.

Betty y George soltaron una carcajada. Arlie era un niño maravilloso.

Capítulo III

EL Hotel Waldorf Astoria, bien conocido en el mundo entero, está emplazado a la altura de la calle 50 y Park Avenida. Allí la dinastía de los Vanderbilt se estableció construyendo este magnífico hotel con 2.000 habitaciones y 2.000 empleados. El impresionante edificio de 50 pisos de altura fue terminado en 1931, y como hecho tradicional, desde entonces, todos los representantes, presidentes o altos cargos extranjeros que se hospedan en él, ven ondear la bandera de su nación durante el tiempo que permanecen. Notables personalidades han desfilado por este establecimiento.

Un detalle curioso que demuestra la meticulosidad del servicio es el hecho de que la bodega fuera trasladada al piso sexto para poder conservar los vinos en perfectas condiciones, ya que la vibración producida por los trenes subterráneos los estropeaba.

George, Betty y Arlie salieron del magnífico hotel con ánimo de dirigirse a la Quinta Avenida, no muy lejos de la cual había sido abatido a tiros el padre de Arlie.

El niño levantó la vista hacia el cielo para ver hasta dónde llegaba la edificación.

—Es fantástico, tío George. Cuando se lo cuente a Mackie no va a creer que he estado viviendo aquí.

Tomaron un taxi que les dejó en la puerta de una agencia de viajes. Obtuvieron los billetes para la mañana siguiente y tras hacer algunas compras, entraron a comer en un restaurante italiano.

Arlie devoró con avidez los espaguetti. Luego tomó un buen filete con patatas fritas.

—¡Caramba, tío George! ¿Todos los días podré comer igual?

—No creo que quieras tomar siempre la misma comida, ¿no? —respondió él.

—No, si no lo digo por los espaguetti, es por la cantidad. Había veces que con mamá Boogie me quedaba con hambre, pero me daba vergüenza pedir más porque éramos muchos.

—Este no es su caso. Puedes comer hasta que se te vaya el apetito.

La cara de satisfacción de Arlie fue toda una respuesta.

Betty hizo un gesto de recoger su bolso y la chaqueta que había dejado sobre una silla.

—Si no os importa, yo me voy a marchar.

—¡Oh, no! —dijo Arlie que le había tomado un gran afecto en tan poco tiempo—. No te vayas, Betty.

—No tengo más remedio, cariño. Escúchame. Cuando esta mañana me he presentado en el hotel, para cuidar de ti, no sabía que mañana me marchaba de viaje hacia Colombia. Vivo con una amiga y me gustaría avisarla de que me voy por unos días. Además tengo que coger ropa y preparar algunas cosas que me gustaría llevar. Necesito unas horas para arreglarlo todo como es debido. Sé que lo comprenderás. Además, a partir de mañana por la mañana, vamos a estar juntos durante varios días. Tendremos tiempo de conocernos mejor y de divertirnos, ya verás. Yo tampoco conozco Colombia, y seguro que allí encontraremos muchas cosas interesantes y divertidas.

Un pensamiento de preocupación atravesó la mente de George. «No tiene por qué pasar nada», se dijo. Pero no se quedó muy tranquilo.

—De acuerdo, Betty —le dijo—. Como quieras. Es lógico que quiera preparar algunas cosas, Arlie. Mañana tienes que estar a las nueve en punto en el hotel, ¿te parece? Iremos juntos al aeropuerto desde allí.

—De acuerdo. Me es mucho más cómodo que irme sola. Salimos del Kennedy, ¿verdad?

—Sí. Iremos por el Queen Midtown Tunnel, por la Calle 36, hasta el Long Island Espressway. Por, la autopista Van Wyck llegamos hasta el mismo aeropuerto.

—De acuerdo. Entonces voy al hotel —repitió Betty—. Es la combinación que mejor me viene desde casa.

Se agachó para darle un beso a Arlie; luego extendió la mano a George.

—¿Para mí no hay otro? —dijo con ironía refiriéndose al beso que le había dado al niño.

—Tú ya no eres un niño —respondió Betty sonriendo.

—Precisamente por eso —dijo George.

Le estrechó la mano con fuerza.

—Hasta mañana, Betty —le dijo—. Me alegro de haberte conocido.

—Lo mismo digo, George.

Y le ofreció la más maravillosa de las sonrisas. George y el niño la siguieron con la mirada hasta que desapareció tras la puerta del restaurante.

—Te gusta, eh, tío George.

«Tío George» lanzó una mirada de reprobación al crio.

—¡Cállate, enano! —y le hizo una mueca de broma.

* * *

La mañana había amanecido magnífica. El sol brillaba en todo su esplendor sin calentar demasiado. George y Arlie se despertaron casi al mismo tiempo cegados por los rayos que se filtraban a través de los huecos de la persiana que la noche anterior había dejado semicerrada.

En ese preciso instante sonó el telefonillo. George, medio dormido lo cogió como pudo.

—¿Quién es?

—Señor Brunner, son las ocho y cuarto de la mañana. ¿Podemos subirle ya el desayuno? —dijo la voz de la recepcionista.

—De acuerdo —contestó George, con la voz ronca—, Gracias.

Estiró los brazos, se desperezó varias veces y bostezó con ganas.

—Arlie —dijo al muchacho—. Vete lavando y prepara tu ropa. Betty vendrá pronto y tenemos que estar preparados. Tenemos por lo menos una hora de camino y el avión sale a las once.

—Tío George, ¿y no se caerá el avión? —preguntó algo asustado el pequeño.

—No hombre. ¿Cómo se va a caer?

—¿Y desde dónde lo sujetan entonces? —preguntó extrañado.

—No lo sujeta nadie, Arlie. Vuela a muchísima altura. Es la potencia del motor y la velocidad que lleva lo que le hace mantenerse en el aire.

Arlie se lavó como los gatos sin dejar de pensar en la posibilidad de que el avión cayese desde tan gran altura. Recordaba cómo una vez había visto estrellarse contra el suelo a un pájaro al que Mackie había dado una pedrada y aquello se asemejaba mucho a lo que podía pasar si el avión caía.

Se vistió con rapidez, se echó un poco de colonia para bajarse los pelos del flequillo que le habían quedado un poco levantados.

Y se peinó, con buenas mañas.

—Eres un chico muy listo, Arlie. Te sabes arreglar muy bien solo —le dijo satisfecho George.

—Claro, me he tenido que acostumbrar porque papá pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa. Al principio no me arreglaba muy bien y entonces en el colegio me decían cosas, hasta que me harté de que eso pasara y entonces no tuve más remedio que aprender a hacerme las cosas yo solo. Lo que menos me gusta, de todas formas, es lavarme… Las manos un poco más, porque es lo que más se ve, pero… odio la ducha y la bañera. Me da la impresión de que me voy a ahogar con tanta agua…

George rió con ganas. ¡Arlie tenía unas ocurrencias…!

Subieron el desayuno y Arlie se lanzó rápidamente a la bandeja. George le miraba de reojo y comprobó los cálculos que el muchacho hacía sobre lo que podría comer.

—¿Puedo llevarme algún bollo, si no puedo comérmelo ahora? —preguntó con los ojos muy abiertos—. Es una pena dejarlos aquí, tío

George, se pondrán duros y luego no se los podrá comer nadie.

—Está bien, pero deja de pensar en la comida. Te aseguro que no te va a faltar. Come lo que tengas gana y si quieres puedes llevarte para el camino lo que no te comas ahora, pero no te obsesiones con ese problema.

Y cogiéndole una manita, continuó:

—Te aseguro que no te faltará nunca más de comer.

El teléfono volvió sonar. Nuevamente la recepcionista al aparato le dijo:

—La señorita Betty Mansfield acaba de llegar. Desea saber si les espera aquí mismo o tiene que subir.

—Dígale que si quiere una taza de café puede subir. Si prefiere, bajamos en un par de minutos.

—Bien, señor. Se lo diré. Un momento, por favor.

Transcurrieron breves segundos y la recepcionista volvió a coger el auricular.

—Ya sube, señor Brunner.

—Gracias, señorita.

Y colgó el aparato.

—Date prisa —le dijo a Arlie—. Betty ya está aquí.

Tomaré una taza de café y luego nos vamos. ¿Lo tienes todo preparado?

—Sí, tío George —dijo el niño—. Ya no puedo comer más. Me llevaré este bollo de chocolate. Está muy rico.

—Está bien, pero ahora prepárate a salir disparado. No quiero esperar en el último momento.

Betty dio un par de golpes en la puerta y luego la abrió. Los vaqueros se le ceñían al cuerpo como una piel. La blusa blanca de batista dejaba entrever el encaje del sujetador. George la encontró guapísima y ella algo debió de notar en su rostro porque le dijo:

—Buenos días a los dos. ¿Te pasa algo George?

El joven sacudió la cabeza, tal como hiciera la primera vez.

—No, no, en absoluto. Todo está perfecto. Buenos días, Betty.

Y sin poderlo ocultar le dijo:

—Sencillamente, es que estás preciosa y tu aparición me ha dejado gratamente sorprendido. Eso es todo.

—¿Dónde está esa taza de café que me ofrecías?

Diligentemente, George tomó un nuevo servicio y llenó hasta la mitad la taza del humeante café.

—¿Mucha leche o poca? —preguntó.

—Lleno, por favor. Si empiezo desde por la mañana con el café solo a las cinco de la tarde estaré como un flan.

Mientras George y el niño ultimaban los detalles para la partida, Betty bebió el café. Tomó la mitad de un bollo de chocolate y un trocito de pastel de nata.

—¡Hum! Está muy rico —dijo.

—¿Verdad que sí, tía Betty? —dijo con complicidad

Arlie—. La pena es que llega un momento en que no se puede comer más. Pero mira, he cogido unas cuantas provisiones para el camino —y le enseñó una bolsita de plástico que contenía unos cuantos pasteles y bollos, ya aplastados y formando una masa casi informe.

—Vámonos, si es que ya estamos todos listos —dijo George—. ¿Has dejado la maleta en recepción, Betty?

—Sí. No es demasiado grande. Odio el tener que viajar con muchos bultos.

—En eso somos iguales —respondió George.

Los tres salieron de la habitación. Luego entregaron la llave en recepción, pidieron un taxi y salieron apresuradamente en dirección al aeropuerto.

* * *

Casi todo el viaje en avión Arlie lo hizo dormido. Mientras, Betty y George fueron charlando de sus proyectos, de sus trabajos y de las inquietudes por las que atravesaban.

Así Betty se enteró de que — George Brunner había viajado por todo el mundo buscando petróleo. Japón, Costa de Marfil, Egipto… no tenían secretos para él. Tanto el Atlántico cono el Pacífico se habían rendido a sus pies y habían sido estudiados a fondo por el intrépido ingeniero.

Durante la conversación, George le había contado también, aunque con poco lujo de detalles, su relación con Arlie. Había ocultado que no conocía de nada a su padre y su forma de morir. Tampoco quiso decirle lo que le había llevado a Colombia, y confiaba en que Arlie, por demás discreto, ya que su padre le tenía muy acostumbrado a practicar esa virtud, tampoco le diría nada.

Había tenido tiempo en la travesía de reflexionar sobre las posibles actividades del muerto y llegó a la conclusión de que aquella dirección en Colombia sólo podía estar relacionada con dos asuntos que en aquel país eran predominantes en cuanto a «negocios» se referían: droga o esmeraldas.

¿Por qué si no aquella muerte violenta en mitad de las calles de Nueva York? Y no sólo en cualquier calle de Nueva York, sino muy cerca de la Calle 47, entre la Quinta y la Sexta avenidas, en la calle llamada de las esmeraldas, porque en este sector se compra y se vende el 80 por cien de las piedras preciosas de América.

Cuando llegaron a Bogotá se instalaron en el Hotel Tekendama, en la Calle Séptima, la más importante y concurrida de la capital.

La Séptima también era conocida como la calle de los «esmeralderos», ya que en ella estaban la mayor parte de los comercios de esta gema.

George tenía la impresión de que sus reflexiones iba a ser corroboradas por la realidad.

La habitación del hotel era amplia y estaba muy limpia, en contra de lo que George había oído decir de los hoteles colombianos. Cogió también la contigua, separada tan sólo por una puerta, para Betty y el niño.

Dejaron las maletas en los armarios y antes de que anocheciera salieron a recorrer la gran avenida.

Pasaron frente al edificio de *El Tiempo*, el periódico más importante del país y se pararon en infinidad de escaparates que contenían en sus vitrinas grandes cantidades de joyas.

Algún que otro policía patrullaba la calle. Eran bastante frecuentes las reyertas e incluso las muertes, relacionadas con el mundo del hampa que allí se daba cita.

George recordó las palabras que le dijo el conserje cuando salieron del hotel para dar un paseo:

—Puede visitar la «siudá», señor. Pero «mejó» que no vayan por la «Tersera» «Pué sé» peligroso.

—Entremos en esta librería —dijo George a sus acompañantes—. Voy a comprar un plano de la ciudad. Sin él nos va a ser difícil movernos.

Ojeó en las estanterías hasta que eligió una guía que creyó la más completa.

—¿Cuánto es? —preguntó a la mujer que estaba tras el mostrador mirando por encima de las gafas en un descarado gesto de desconfianza, pensando en que podría robarle el libro.

—Dos dólares, «zeñó» —dijo algo más tranquila al ver que preguntaba el precio.

George alargó la mano y dejó el importe sobre un montón de periódicos.

Cuando salieron del comercio, Betty comentó:

—Son bastante desconfiados aquí, al parecer.

—Esa misma impresión me ha dado a mí.

Y continuaron paseando sin más comentarios, mirando a un lado y a otro los escaparates. Arlie, de la mano de Betty, miraba con ojos de curiosidad todo lo que sucedía a su alrededor.

Había ya anochecido y George les propuso volver al hotel. En realidad quería acercarse por la dirección que

Arlie le había dado. Eso fue lo que le llevó hasta allí y ahora no iba a echarse para atrás.

Cenaron una enchilada, muy parecida a como la guisan en México, y unos huevos picantes. A Arlie no le gustó demasiado la cena.

—Hubiera preferido un filete con patatas fritas —dijo entristecido al pensar la que se le venía encima, durante los días siguientes en cuanto a comida se refiere.

George les hizo que subieran a la habitación y justificó su salida aludiendo a una imaginaria visita que debía de hacer a los familiares de un compañero de la base petrolífera de Texas.

Una vez solo se acercó al conserje del hotel y le preguntó, tras haber consultado la guía sin éxito, qué medio de locomoción tenía para llegar a las afueras de la ciudad, donde se encontraba la calle Medellín, evitando dar el nombre de esta última, ya que no quería que se le pudiese relacionar, en caso de complicarse la visita, con aquella dirección.

—«Lo mejó que pué usté hasé es cogé un taxi. Aquí son baratos y usté quié ir a un barrio que no es bueno por la noche. A desí verdá, tampoco es bueno por el día, pero ahora es peó.»

—Está bien, gracias por el consejo: No recuerdo exactamente el sitio donde estuve la vez anterior, hace cinco años. Sé que una vez allí lograré encontrarlo, pero me es inposible recordar el nombre de la calle.

—Haga lo que le digo —repitió el conserje—. Es lo «mejó».

Sin entretenerse más salió a la calle, que estaba muy iluminada. Anduvo tres manzanas de casas y luego dobló una esquina. Allí se paró y trató de orientarse, según la guía, hacia la parada de taxis más próxima.

La encontró con facilidad. «De algo me tenía que servir haber sido boy scout en mi juventud», se dijo a sí mismo con ironía.

Cogió el que estaba situado en primera posición.

—A la calle Medellín, por favor.

—¿A qué número? —preguntó el taxista.

—Déjeme a la entrada.

—Muy bien, «señó».

El chófer le miró algo extrañado por el espejo retrovisor. George, que se había dado cuenta, se hizo el desentendido.

Llegaron en diez minutos a la calle Medellín. El taxista paró con un frenazo en seco al comienzo de la calle.

—Ya hemos llegado. Uno cincuenta, «señó».

Sin pronunciar palabra. George pagó y se bajó del coche. Se hizo el remolón durante unos minutos hasta que el taxi se puso en marcha nuevamente y desapareció por una de las bocacalles.

Enfiló la oscura travesía que contrastaba con las lujosas y bien iluminadas del centro.

Según se iba acercando al lugar tenuemente alumbrado por el farol iba escuchando con mayor nitidez ruido de voces y algún trozo de canción.

Una vez en la puerta, pudo leer en una tabla de madera pintada con letras rojas: «El Bolito», y a su lado, en un alarde de imaginación, un bolo blanco atravesado por dos rayas rojas.

Abrió la puerta. El griterío que salía del local chocaba con el silencio de la calle, y un tufo a marihuana se estampó contra su nariz. El humo impedía ver con claridad los rostros de los clientes que abarrotaban el local.

Por un momento se hizo el silencio en el tugurio. Tras varios segundos, el tiempo necesario para pasar revista al nuevo visitante, el murmullo recomenzó y volvió a conseguir el mismo volumen que cuando George entró.

Guiñó un par de veces los ojos y se restregó un momento para ver con más claridad. «Aquí se droga uno solo con respirar el humo», pensó casi masticando el olor de la maría.

Se acercó con dificultad a la barra. Tras ella una impresionante indígena, de amplios pechos y labios rojísimos, despachaba a una velocidad vertiginosa. Cuando reparó en su presencia se acercó lo más que pudo a él y le preguntó:

—¿Qué va a «bebé»?

—¿Tiene whisky?

—¡Cómo no, «señó»! Ahora mismo.

Y se fue hacia el lado opuesto de la barra. George pensó que parecía mentira cómo aquella mujer sola podía atender a tanta gente.

Al poco tiempo volvió con una jarra llena de dorado líquido.

—Aquí tiene, «señó».

Y volviéndose a acercarse a él le preguntó casi al oído:

—¿Quiere algo «má»? ¿Busca a alguien?

George pensó que aquella pregunta era la mejor coartada que se le ofrecía.

—Vengo de Nueva York y un amigo me pasó esta dirección. Me figuro que sería por algo, ¿no?

La mulata se quedó parada unos instantes, luego le volvió a decir:

—¿De Nueva York, eh? Venga mañana a esta misma hora. «El Capitán» le estará esperando.

George dudó por un momento en si debía preguntar quién era «el Capitán» y por qué la mujer pensó que quería ver a ese hombre. Pero decidió no hacer ninguna pregunta.

—Aquí estaré. Hasta mañana.

Y haciéndose pasar por un hombre de acción, se bebió el contenido de la jarra de un solo trago. Consiguió su propósito porque la

exuberante indígena quedó atónita. George, sin saberlo, había hecho una conquista.

Capítulo IV

BETTY y Arlie se despertaron muy de mañana. Unos extraños ruidos habían mantenido a la chica la mitad de la noche en vela. George, por el contrario dormía como un tronco.

El niño tocó con cuidado en la puerta que separaba las dos habitaciones. No obtuvo ninguna respuesta, por lo que pegó el oído a la madera.

—Me parece que ronca. Escucha tú, tía Betty —dijo con media voz.

Betty acercó también el oído a la puerta.

—Tienes razón. Quizás anoche se acostó tarde. Pudo haberse entretenido en la visita que fue a hacer. Vamos a dejarle dormir. Mientras tanto nosotros bajaremos a desayunar.

—Betty, he oído muchos ruidos esta noche, ¿y tú?

—Yo también. Parece que ha habido una pelea. Ahora preguntaremos en el hotel. Pero, date prisa. Tengo un hambre feroz.

—Yo también —replicó el niño—. Claro que a lo mejor no me gusta el desayuno que ponen aquí. Cocinan muy raro, ¿verdad?

—Bueno, tienen una cocina típica, un poco fuerte para ti, tal vez. Pero es muy sabrosa. Hoy diremos que nos pongan una especie de cocido que hacen con carne y plátanos y alguna verdura, que está muy rico, ya verás. No me acuerdo cómo se llama, tiene un nombre raro.

—Con tal de que no pique. Anoche no pude comerme aquella tortilla. Me picaba mucho la lengua. ¡Puafff! —e hizo un gesto de disgusto con la boca recordando el sabor.

Bajaron al comedor en el que se encontraba tan sólo un matrimonio, sentado en una mesa junto al ventanal que daba a la Séptima calle.

No había demasiados transeúntes a las nueve de la mañana. La gente se levantaba algo más tarde y los que trabajaban lo hacían desde media hora antes. El clima no contribuía a moverse demasiado deprisa. Empezaba a hacer calor ya.

Terminaron de desayunar con toda tranquilidad y decidieron salir a comprar la prensa y un tebeo para Arlie.

Mientras, en la habitación, George se desperezaba. Había bebido muy deprisa el whisky la noche anterior y eso le había costado un dolor de cabeza fenomenal y una tremenda resaca.

Se dio una ducha con agua fría para despejarse lo antes posible.

Había tocado en la puerta para saludar a Betty y al niño, pero al no tener respuesta pensó que estarían durmiendo y bajó al comedor a desayunar.

—Buenos días —le dijo el conserje—. La señora y el niño han salido. ¿Desea usted desayunar?

—Sí. Buenos días. ¿Sabe dónde han ido? —No, señor. Pero creo que no han debido ir muy lejos. Hablaban de comprar el periódico cuando salían. Efectivamente. Por aquí vienen.

Betty y el niño cruzaban en ese momento la calle. Traían un montón de revistas y cuentos.

—Buenos días, George —dijo Betty.

—¡Hola, tío George! —saludó Arlie echándole los brazos al cuello y estampándole dos sonoros besos—. No he podido dormir esta noche con el ruido que había, tío George. El camarero nos ha dicho que la policía perseguía a un ladrón de esmeraldas y ha habido tiros. ¡Si lo llego a saber me habría asomado a la ventana!

El conserje del hotel, sonreía mientras oía al crío narrarle la historia a George.

—Es un muchacho muy «despabilado» —le dijo—. Hay que ver lo bien que se aprendió la «narrasión», señó». Y es «sierto». Un matarife ha «estao» esta noche persiguiendo por aquí al lado, «subió» a los «tejaos» a uno que les había «estafao» en la compra y venta de «mercasía». Al final lo descubrió y…

Hizo un gesto con el dedo índice como si se rebanase el cuello.

—¿Un matarife? —preguntó Betty.

—Sí, señora —prosiguió el conserje— un guajiro, un «corbatero». Aquí los llamamos «asín». «Corbateros», asesinos a sueldo, matones, que «disen» ustedes. Son en su mayoría costeños, indios guajiros que matan por dinero. Se les llama corbateros porque asesinan sin hacer ruido, dando un corte en la nuez y por ahí sacan la lengua.

—¡Ay, tío George, qué miedo! —dijo Arlie.

—Bueno —dijo George dirigiéndose al conserje— dejemos este tema para otra ocasión. El niño puede asustarse.

—Aquí, nuestros hijos —continuó el hombre— están acostumbrados a estas cosas. Es muy corriente encontrarse un cadáver con el «pescueso» rebanado en una esquina o ver cómo matan en «presensia» de «tó» el mundo a algún estafador o ladrón. Los matarifes son aquí muy temidos, «señó».

—Bueno —dijo esta vez George dirigiéndose a Betty y al niño—. Vamos a hacer una visita un poco más larga a la ciudad. Ayer sólo recorrimos esta calle.

—La verdad, George —dijo Betty— casi prefiero quedarme con el niño en la habitación leyendo. No te creas que tengo muchas ganas de

pasear ahora mismo.

—Yo tampoco, tío George —dijo Arlie—, prefiero quedarme arriba con Betty leyendo los cuentos que me ha comprado.

—Está bien, quedaros entonces. Yo voy a salir un rato. Volveré para la hora de la comida. ¿A qué hora la sirven? —preguntó al conserje.

—De una a tres, «señó», pero si prefieren a otra hora…

—No, está bien así. Entonces hasta luego.

—Adiós, tío.

Y Arlie dio la mano a la joven y subió corriendo los escalones para llegar cuanto antes a la habitación. Estaba deseoso de ponerse a ojear los tebeos.

* * *

George se sentía un poco cansado después de haber recorrido las calles principales de la capital y haber pasado por el mercado central al que ese día habían bajado los indios de la montaña andina con su artesanía, sus cacharros de cerámica y con algún ganado para poderlo vender y así comprar semillas. También visitó la catedral de Santa Fe de Bogotá y el parque, lo que le trajo a la memoria una de sus recientes visitas a la Costa del Sol española, pues la construcción recordaba la época del colonialismo y por lo tanto el tipo de edificación monumental española.

Entró en el Ribadavia, un bar-restaurante regentado por gallegos, que eran numerosos en la capital y ostentaban casi todos la propiedad de un café o una casa de comidas a precios asequibles.

Nada más entrar, una mujer enjuta y vestida de negro le preguntó:

—¿Qué va a tomar?

George se quedó asombrado de que a tan temprana hora la concurrencia del local fuera numerosa. Las botellas de ron «Medellín», se erguían en casi todas las mesas.

—¿Es bueno ese ron? —preguntó a la mujer.

—Excelente, señor —respondió—. Pruébelo, no tiene nada que envidiar al cubano. Por aquí dicen que fueron los indios colombianos de la costa los que enseñaron a los habitantes de las Antillas a hacer el ron.

—Cuestión de patriotismo —dijo George indiferente—. Póngame un vaso.

—¿Un vaso nada más, señor? —insistió la mujer de marcado acento gallego.

—No querrá que me beba una botella yo solo, ¿verdad?

—No sería nada extraño, señor. Aquí es bastante corriente. El ron es barato. Diez pesos, tan solo. ¿Es usted americano?

—Sí.

Y prosiguió la mujer:

—No llega a un dólar entonces.

—Bueno, póngame esa botella. Si se empeña… pero no me la beberé entera. He pasado una noche horrible por culpa de un maldito whisky.

—Se lleva lo que le sobre, señor.

Cogió de la estantería una botella, y se la puso delante. George le dejó sobre el mostrador un dólar.

—La vuelta, señor —le avisó la mujer.

—Quédese con el cambio.

Y se retiró tranquilamente a una mesa vacía, semioculta en un chaflán del local.

En las mesas contiguas varios grupos de hombres charlaban en voz baja.

Sus rostros macilentos y sus ojos entrecerrados daban la impresión de que estaban semidormidos o bajo los efectos del alcohol.

Pronto comprendió George el porqué de aquellas caras. En la mesa de al lado, un hombre sacó un polvillo blanco de un saquito de cuero que llevaba colgado al cuello. A continuación todos los que estaban sentados alrededor de la mesa sacaron unas pequeñas cucharas que se llevaron a la nariz, aspirando el polvo blanco. «Esnifan cocaína», pensó George. Y efectivamente eso era lo que estaban haciendo.

El ron era muy bueno. Se bebió casi sin darse cuenta un poco más de media botella. Decidió entonces que ya había bebido bastante y salió del Ribadavia. Se encaminó hacia el hotel Tekendama que no se encontraba lejos de allí.

Betty y Arlie le estaban esperando ya sentados en una de las mesas.

—Tío George —le hizo una seña Arlie con la mano en cuanto le vio entrar—. Estamos aquí.

—No chilles —le dijo Betty—. Ya nos ha visto. No armes escándalo.

—¡Qué hay! —dijo pausadamente—. Creo que he bebido un poco más de la cuenta. Me metí en un bar donde me atendieron muy amablemente, pero cometí el error de quedarme solo con una botella de delicioso ron. Ahora no tengo hambre, lo único que siento es sueño. ¿No os importa si coméis solos mientras yo me tumbo un poco?

Betty estuvo a punto de soltar una carcajada. George se mostraba muy cómico. Quería a toda costa mantenerse erguido y demostrar que no estaba borracho. Y en verdad no lo estaba, tan solo un poco bebido. Pero el mismo interés que ponía en demostrar su sobriedad le hacía mostrarse muy gracioso.

—Claro que no nos importa, George. Que descanses.

Sin decir nada, George se dio media vuelta y se encaminó a los ascensores. Arlie y Betty se taparon la boca para que sus risas no llegaran hasta los oídos de George, aunque lo más seguro era que no

hubiese oído nada.

* * *

Cuando se despertó lo primero que hizo fue buscarse la cabeza para ver si seguía en su sitio. Todo le daba vueltas. Aquel maldito ron entraba como el agua, pero luego le costaba trabajo salir.

Se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. Tocó con dos dedos el agua y cuando la notó lo suficientemente fría, metió la cabeza debajo. El frescor del agua y su persistencia bajo el chorro le fueron despejando poco a poco la nebulosa que tenía en la cabeza.

Al cabo de diez minutos, se sentía completamente recuperado. Entonces fue cuando los gruñidos de su estómago le hicieron saber que no había comido nada desde el desayuno.

Bajó al hall con ánimo de meterse en el comedor o en el primer sitio donde le diesen algo de comer. Iba embalado cuando el conserje le llamó:

—Señor Brunner. Tengo una nota para usted.

Se acercó a la recepción y allí le entregó la nota. «Nos hemos ido al cine. Esperamos que te encuentres mejor cuando leas este papel. Hasta luego. Arlie y Betty.»

—Gracias —le dijo al conserje.

Luego hizo una bola con el trozo de papel y lo echó a la papelera. Miró el reloj. Eran las cinco y media. A aquella hora era seguro que no darían nada de comer en el hotel. «Saldré a la calle, tomaré cualquier cosa que no sea bebida en cualquier sitio y luego haré tiempo en un cine o no importa dónde, hasta la hora de volver a El Bolito.

Y así lo hizo.

A las ocho y media en punto salía de ver una espantosa película de vaqueros hecha por mexicanos. La cabeza le dolía casi más que cuando se bebió la mitad de la botella de ron.

El aire fresco del atardecer le alivió de su mal. Como el día anterior se había fijado en el camino que siguió el taxi hasta llegar a El Bolito, prefirió continuar a pie puesto que no estaba demasiado lejos.

A las nueve menos diez de la tarde entraba por la puerta del bar.

El ambiente era el mismo del día anterior y también, la gente abarrotaba el local. No había ni un solo hueco en la barra.

La camarera le vio nada más entrar y le hizo una seña para que se arrimara. Casi a codazos tuvo que hacerse paso. Cuando llegó hasta ella la saludó.

—Buenas noches. ¿Tiene algún recado para mí? —le preguntó.

—Sí. «El capitán» está en la trastienda. Pase por aquí.

Y levantó una tapa del extremo del mostrador.

Detrás de la cortina que cubría una parte de pared, vio el pomo de la puerta.

—Es por ahí —asintió con la cabeza la exótica mujer.

Al encontrarse cerca de ella, George pudo aspirar su fresco perfume. Sus ojos grandes y negros le miraron con interés.

Abrió la puerta y entró. Dejaría para más tarde la conversación con la camarera.

La habitación estaba iluminada por una triste bombilla que colgaba en un ángulo del techo. Detrás de una mesa había un hombre con gorra de marinero.

George sólo consiguió ver las puntas del bigote que le sobresalían del rostro.

—Siéntese, por favor —le dijo el misterioso hombre.

—Buenas noches, soy George Brunner —dijo un tanto preocupado.

—Soy «el capitán». Todo el mundo me llama así desde hace diez años. Mi barco se hundió en el puerto del Callao, en Perú. Desde entonces olvidé hasta mi nombre.

George le escuchaba con atención, sin llegar a comprender qué es lo que hacía sentado delante de aquel hombre.

—Soy amigo de Walter, de Walter Thompson —dijo con timidez, como si su interlocutor pudiese adivinar la realidad de lo sucedido—. Él está muy enfermo, pero me dio esta dirección para que yo viniera.

Vengo de Nueva York.

Se calló de repente sin saber qué más decir. Tenía que guardar la calma ya que desconocía totalmente el alcance de la situación en la que se encontraba. Pero se sentía satisfecho de haber emprendido aquella aventura de la que no conocía el final.

—Walter siempre ha sido un buen muchacho. ¿Es usted muy amigo suyo?

—Si —respondió conciso George.

—¿Usted podrá realizar el mismo trabajo que iba a hacer él?

—No sé qué trabajo tenía que hacer él. No sé nada. Sólo me dio este papel con la dirección.

Del bolsillo de la chaqueta sacó el trozo de papel que Arlie le dio en el Waldorf Astoria de Nueva York.

—Lo escribió delante de mí —dijo «el capitán»—.

¿Qué es lo que hace usted? ¿Cómo se gana la vida?

—Soy ingeniero de minas, pero me especialicé en Houston en perforaciones petrolíferas, he…

—¡Magnífico! Walter es un gran hombre. Ya que él no ha podido venir, ha sido lo suficientemente inteligente para enviarnos a la persona

idónea. Me alegro mucho de conocerle, señor Brunner. Venga mañana, o mejor, no. Va a venir usted conmigo ahora mismo, tiene tiempo, ¿verdad?

—Sí, dispongo de unos quince días en Colombia, ¿cree que eso será suficiente?

—Le sobrará por lo menos una semana. Pero deberá usted darse prisa en estudiar los planos, no hay demasiado tiempo.

—No entiendo nada. Oiga ¿podría decirme de qué se trata?

—Ahora lo comprenderá usted todo —dijo el capitán—. He quedado con mi equipo en «La casa azul». Es la sala de fiestas de un amigo. Mo se preocupe, muchacho. Pronto sabrá de qué se trata.

El capitán se levantó de su asiento. George pudo comprobar que era un hombre alto y bien formado. Más alto de lo que parecía sentado y en la semioscuridad.

—Salgamos de aquí —continuó el hombre al que todavía no había podido ver el rostro con claridad—. Tengo el coche en la parte de atrás. «La casa azul» no está demasiado lejos, pero es más discreto ir en automóvil. Nunca se sabe qué puede pasar. Aquí todas las precauciones son pocas.

Apagó la tenue luz y salieron por otra puerta situada frente a la que había utilizado George. Un Opel de matrícula muy antigua estaba aparcado en la misma entrada.

—Suba —dijo el capitán tras abrirle la portezuela.

George, sin hacer más preguntas subió al automóvil. Durante el camino apenas si cruzaron alguna palabra. George intuyó que el capitán pensaba en su repentina aparición. «Creo que me he metido en un buen lio», pensó George. Y estaba en lo cierto.

Entraron por un callejón mugriento, lleno de basuras esparcidas por el suelo. El caftán aparcó ante una puerta metálica.

—Es la puerta trasera de la sala de fiestas —le explicó a George.

Entraron sin ser vistos por nadie. Ante ellos, un inmenso pasillo con varias puertas a los lados se extendía como una callejuela. En la tercera puerta, el capitán se paró y dio tres golpes espaciados.

—Entra —dijo alguien desde dentro.

El salón estaba decorado con un gusto horroroso. Una moqueta verde oscuro cubría el suelo y las paredes, al igual que las cortinas, estaban tapizadas en color naranja. Hacían daño a la vista. Una gran mesa de madera noble y con bonita factura en el tallado de sus patas, estaba totalmente cubierta por un enorme mapa y muchos papeles. Los sillones, en azul oscuro, no pegaban nada con el resto del mobiliario. El mueble bar con barra en un ángulo de la habitación era al parecer lo más interesante que tenía la pieza por la gran variedad de botellas que contenía.

En el lado opuesto al bar, una gran lámpara de pie iluminaba la sala y de los cuatro lados salían sendos focos direccionales.

A George le pareció una horrible mezcla de estilos.

—Este es George Brunner. Viene en sustitución de Walter que está muy enfermo. Es ingeniero de' minas, con lo cual el problema que teníamos acaba de ser solucionado.

Los cuatro hombres que se encontraban en la pieza miraron a George de arriba a abajo. Este, con una forzada sonrisa levantó la mano derecha en una especie de saludo.

—¿Qué tal, chicos? —dijo con soltura.

El capitán volvió a hablar:

—Jeoffrey, Max, Sullivan y Carlos —dijo a modo de presentación mientras iba señalando a cada uno con el dedo.

—Todos son excepcionales en su cometido. Esperamos que tú también estés a la altura. Tendremos que volver a explicar todo desde el principio para que George pueda ponerse al corriente.

Carlos fue el primero en hablar.

—Este —señaló al enorme mapa que cubría la mesa— es un mapa a gran escala de la región de Boyacá. Allí se encuentran las minas más importantes de esmeraldas de Colombia y probablemente del mundo. Aquí —señaló otro punto— se encuentra la factoría donde las pulen y abrillantan. Este es nuestro objetivo. Yo conozco el terreno como la palma de mi mano; Jeoffrey es un barrendero de primera categoría y al mismo tiempo especialista en cajas fuertes de mecanismo electrónico. Max es el mejor corbatero de la región, no falla jamás, con la ametralladora es mortífero, además ha sido saltador de pértiga y funambulista en su circo. Su agilidad y rapidez para el saltó y la carrera pueden sernos de enorme utilidad. Sullivan ha sido conductor de Fórmula 1. Su pericia con el volante está probada en mil ocasiones. Es fundamental para el terreno por el que tendremos que pasar. Y tú, George, tendrás que ayudarnos a estudiar el túnel para poder barrenar sin peligro de derrumbamiento. El túnel llega hasta la entrada de la factoría de limpieza y pulido. Esa entrada tiene que saltar por los aires porque ahí es donde está el mayor contingente de soldados del ejército colombiano.

—Comprendo. ¿Y cuánto tiempo tengo para comprobar el terreno, estudiar el túnel que atraviesa la montaña y barrenar?

—No te preocupes —dijo el capitán—. Durante la noche entraremos por el túnel, por donde entraban antiguamente a la mina. Hoy está inutilizado porque la boca quedó cubierta en un derrumbamiento y construyeron otro nuevo para evitar más desgracias. Esa es tu misión, limpiar la boca del túnel para poderlo atravesar al mismo tiempo que barrenamos la entrada de la factoría y saltar por los aires el cuartelillo

de soldados.

—Eso está mejor —dijo George que todavía no había salido de su sorpresa aunque trataba de disimular.

—Mañana mismo —dijo Carlos—, Sullivan y yo podemos llevarte hasta muy cerca de las minas. Allí podrás comprobar el terreno con el que te tienes que enfrentar.

—¿Y tú qué papel tienes en esta historia? —le preguntó al capitán, cuyo rostro se había endurecido por la tensión en la que se mantenía hablando del «golpe».

—Yo he reunido el equipo y he planeado el golpe. Además controlaré los pasos finales. Es decir, me ocuparé de que las esmeraldas se conviertan en dólares.

—No está mal —ironizó George algo más relajado.

Sullivan miraba al recién llegado con cara de pocos amigos. George se percató de la antipatía que le producía a Sullivan, sin saber por qué. Se fijó en su rostro. Tenía el pelo cortado casi al cepillo. Su cabeza era grande y el cuello muy ancho le imprimían un carácter de profesional de la lucha libre. Sus ojos hundidos y huidizos hacían desconfiar de sus dotes de observación, pero había que creer a sus amigos si le tenían por un buen conductor. No mediría más de un metro sesenta, pero parecía más alto por los músculos de los hombros que le aumentaban varios centímetros.

El rostro de Max definía perfectamente su cometido. George recordó por un momento las explicaciones del conserje del hotel cuando les contaba la forma de asesinar de los «matarifes». La cara cuadrada, el pelo negro grasiento, los ojos un tanto rasgados y la nariz ancha, recordaban a los indios andinos. No era muy alto y su delgadez le hacía parecer más tenebroso aún.

Carlos era el típico mestizo huesudo y con facciones europeas. De tez cetrina y pelo negro ondulado.

Jeoffrey era el mayor de todos, aparte del capitán, al que George no le calculaba una edad precisa. Podía estar perfectamente entre los cuarenta y los cincuenta. O tal vez tenía más.

El barrendero llevaba unas gafas pequeñas, redondas cuyos cristales denunciaban la presencia de muchas dioptrías. Tenía poco pelo y canoso. Sus manos regordetas se movían con una agilidad increíble. George se fijó al verle liar un cigarrillo.

¡Pero qué pintaba él con toda aquella gente! Ya no podía volverse atrás después de todo lo que sabía. Tendría que hacer el trabajo como uno más si quería seguir vivo.

Recordó a Betty y al pequeño. Tenía que regresar pronto al hotel. Ya llevaba muchas horas fuera. Miró el reloj; ¡La una de la madrugada!

—¿Tienes prisa? —le preguntó el capitán que estaba pendiente de

todas las reacciones de sus muchachos.

—Sí —contestó George sin dar más explicaciones.

—¿Crees que tienes claro el asunto? —le preguntó el capitán.

—No del todo —confesó George—. Pero será mejor que mañana, durante el viaje pregunte todo aquello que se me ocurra a Carlos. Ahora, en líneas generales sé de qué se trata y cuál es mi cometido. En lo que se refiere a mi trabajo no habrá ningún problema. Me quedan muchos puntos oscuros en cuanto a lo que va a pasar después de barrenar el túnel. La explosión atraerá a los soldados, y tendremos que salir de allí. Sobre eso no tengo ni la más remota idea. Tampoco es lo que yo tengo que hacer.

—Cuando hayas estudiado el terreno y conozcas al dedillo el campo de nuestras operaciones, hablaremos de todo lo demás ¿de acuerdo?

—O.K. —contestó el americano para reafirmar su nacionalidad.

—Ahora si quieres, puedes marcharte —dijo el capitán—. Mañana ven aquí a las diez de la mañana.

—No sé dónde estoy, no conozco bien la ciudad. ¿No podríamos quedar en El Bolito?

El capitán miró a Carlos y a Sullivan que eran los que le tenían que acompañar al día siguiente. Los dos asintieron con la cabeza.

—No hay ningún inconveniente —dijo el capitán.

—Hasta mañana entonces —dijo George.

Y se dirigió a la puerta.

—No, por ésa no —le dijo el capitán—. Sal por aquella otra, a la sala de fiestas. Nadie te dirá nada y puesto que no conoces la ciudad será mejor que salgas por la puerta principal. Allí casi siempre suele haber taxis esperando a los clientes.

—De acuerdo. Gracias. Hasta mañana.

Capítulo V

A la mañana siguiente George se levantó muy temprano. Quería hablar con Betty antes de irse y ponerla al corriente de lo que pasaba. Había sentido miedo la noche anterior por ella y el crío.

Se arregló y tocó en la puerta de la habitación. Al poco tiempo, con cara de sueño y los pelos revueltos, apareció Betty con una preciosa bata azul. Medio dormida, George la encontró preciosa.

—Buenos días —dijo restregándose los ojos—. ¿Qué hora es?

—¡Qué tal! ¿Todo bien?

—Sí. Anoche no te oímos llegar. Te estuvimos esperando para la cena.

—Sí, llegué algo tarde.

Y mirando el reloj la dijo:

—Son las ocho de la mañana. Perdona que te haya llamado tan pronto —dijo en voz baja para no despertar a Arlie—, pero quiero hablar contigo.

—Está bien —respondió Betty. Ahora mismo paso a tu habitación. Voy a lavarme para ver si me despejo. He dormido como un tronco.

—Te espero, no tardes. ¿Te pido el desayuno?

—Sí. Un café bien cargado. Ayer llevé al niño al zoológico y al cine y terminé rota. Luego, para remate, me hizo jugar un par de partidas a los bolos. Tengo agujetas en el brazo derecho. Y todavía pretendía a las nueve de la noche, después de una tarde agotadora que nos quedásemos a ver una película en la televisión. Menos mal que pude convencerle. Es inagotable.

Cerró la puerta y fue directa al baño. George pidió el desayuno y se sentó para poner en orden todas las ideas y contarle la historia a Betty sin interrupción y de la forma más sencilla posible.

El asunto en el que estaba metido era de envergadura y su situación no podía ser peor. Si se echaba para atrás, una vez conocido el «golpe», los hombres del capitán no le dejarían vivo. Recordó entonces el rostro de Max y casi empezó a temblar. No tenía otra solución que seguir con ellos, y si el robo salía mal, se vería en la cárcel, por una estupidez, para muchos años. Porque había sido una estupidez, o por lo menos así lo pensaba en aquel momento, haberse desplazado hasta Colombia para saber el tipo de negocios que llevaba a cabo el padre de Arlie. Por esta

vez su afán de aventura y su curiosidad, le habían metido en un mal «negocio».

Betty llamó una vez y entró a continuación.

—Todavía no han subido el desayuno. Has sido muy rápido —comentó George—. Ha sido una suerte que te presentaras aquella mañana en el hotel.

Betty se ruborizó. Aquel hombre le gustaba demasiado.

—Verás. Quiero que sepas toda la historia de Arlie, por qué estamos en Colombia y cuál es la situación actual.

Nada más terminar la frase llamaron a la puerta.

—Entre —respondió George al camarero que apareció con una enorme bandeja entre las manos.

Sin otro comentario, salió de la habitación y los dejó solos nuevamente. George llenó las tazas de café con leche, mientras prosiguió su relato.

—Arlie no es mi sobrino. Tampoco conocía de nada a su padre. Sólo le vi una vez, poco antes de morirse. Salí del hotel a hacer unas compras y en una calle, cerca de la Quinta avenida, encontré a un hombre en el suelo, malherido. Antes creí oír, de lejos un disparo. Efectivamente debió ser así porque el hombre estaba herido de muerte de una bala.

»Me acerqué para ayudarle y entonces me dio su dirección y me pidió que me ocupara de su hijo. Luego murió. Esa es la verdadera historia entre Arlie y yo. Me presenté unas horas más tarde a la policía para contarles lo que sabía, que como ves, no es mucho, aunque oculté que ya había ido a su casa y había traído conmigo a su hijo. Me dio pena de que el chico fuera a parar a un centro oficial de huérfanos.

»Me pareció muy cruel y extraña toda la historia y no supe reaccionar a tiempo. El chico, como habrás podido comprobar es encantador y desde luego a estas alturas, no estoy dispuesto a entregarle. Si es necesario me quedaré con él como si fuese hijo mío. Le he cogido un enorme cariño.

Aquí hizo una pausa, que aprovechó Betty para hablar:

—Me imaginaba que le conocías poco. No sabes demasiado de sus gustos ni de su manera de ser, pero nunca me imaginé que la historia fuera tan trágica. ¿Arlie sabe lo de su padre?

—Sí —contestó escuetamente George—. Te sigo contando. Arlie me dio un papel que su padre le dio a guardar bajo promesa de no entregárselo a nadie, Cuando yo le dije la suerte que había corrido su padre, me lo dio. El papel tenía una dirección aquí, en Colombia. Como yo tenía un mes de vacaciones y al fin y al cabo me daba lo mismo ir a un sitio que a otro, decidí venirme aquí para averiguar qué había en esa dirección. El resto de por qué estamos aquí los tres, ya lo conoces.

George volvió a hacer otra pausa, ésta algo más larga porque

aprovechó para tomar un trozo de plum cake que flotaba hacía rato en su taza de café.

—Esa dirección corresponde a un tugurio. Allí me dieron una cita con uno al que llaman «el capitán». En resumen, y para abreviar, estoy metido en un asunto de robo de esmeraldas en la mina más importante del país.

—Pero ¿qué dices? —Betty abrió los ojos de par en par.

—Lo que has oído. Cuando me reuní con este hombre y sus secuaces, les dije que había venido en lugar de Walter, el padre de Arlie, porque estaba enfermo. Como ingeniero de minas les vine como anillo al dedo. Tengo que barrenar la boca de un antiguo túnel que nos permitirá el paso directo a la factoría donde se limpian y pulen las piedras.

—¡Pero eso es una locura, George! No sé si sabrás que las minas de esmeraldas son estatales y es el ejército colombiano quien las defiende. Por causa de las esmeraldas, Colombia es uno de los países más violentos de América del Sur. Todos los días hay robos, altercados, muertos. Las dichosas piedras y la cocaína, han hecho de este país un polvorín.

—Ya lo sé, Betty —contestó el joven.

—Entonces ¿por qué te has metido en un asunto semejante? No llego a comprender.

—Es muy fácil. Cuando hablé con «el capitán» y sus hombres, me pusieron al corriente de lo que tramaban. Piensas que hubiera sido el momento entonces, una vez conocido el «golpe», para decir: «Bueno, señores, es que lo único que yo tenía era curiosidad y ganas de aventura. Ahora que ya sé lo que van a hacer ustedes y no me interesa. Soy un hombre honrado y decente y no un vulgar delincuente.

Betty bajó la cabeza como signo de que había entendido la cuestión.

—Entre ellos hay un tal Max, que es «corbatero». ¿Recuerdas la explicación del conserje?

Betty se puso en pie. Al levantarse tiró la silla y el susto y la sorpresa de ese ruido imprevisto la hicieron llorar. George se levantó también y se acercó a ella.

La cogió de los hombros con ternura y la dio la vuelta para colocarla frente a él. Sus dulces ojos azules estaban llenos de lágrimas. George depositó un beso en su boca. Betty, no pudiendo contenerse por más tiempo, se abrazó a él.

—¡George, George!

El hombre la aprisionó aún más entre sus brazos y buscó una vez más su boca. Pero este nuevo beso fue completamente distinto al anterior. La pasión contenida se desató entre los dos y se unieron en un sinfín de caricias y abrazos.

—Te quiero, George. Tengo miedo de lo que te pueda pasar.

George, cerró su boca con un nuevo beso. Después dijo:

—Cariño, te aseguro que no me va a pasar nada. Sabré salirme a tiempo. Lo único que te pido es que tengas mucho cuidado con Arlie y por supuesto, de ti misma. Esto no es un juego de niños, y sólo puede sacarnos vivos de Colombia la serenidad y la inteligencia. Te ruego que tengas caima y confianza en que nada malo nos va a suceder a ninguno.

En ese momento, alguien abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

—Llevo una hora llamando y nadie me hace caso. ¿Estáis sordos?

Arlie, muy enfadado, con el pantalón del pijama medio caído y una toalla en la mano, estaba en el umbral de la puerta.

—No encuentro el jabón, Betty —prosiguió— y tampoco sé dónde está el peine.

Betty se secó con disimulo las lágrimas, volviendo la cabeza hacia atrás. Luego cogió a Arlie en brazos y le dio un par de besos.

—Ven aquí, mocoso. Yo te diré dónde está el jabón y el peine. Anoche lo dejamos dentro del armario, ¿recuerdas?

Y salió de la habitación con el pequeño en brazos.

* * *

George llegó puntual a la cita que tenía con Carlos y Sullivan, quien seguía mirándole con la misma cara de pocos amigos que el primer día.

Subieron a un Land Rover y se pusieron en camino en dirección a la región de Boyacá.

Pasaron por Zipaquirá para dejar las órdenes del capitán a un contacto que tenían en el pueblo, encargado de desviar la atención del ejército por medio de una explosión. Luego siguieron hacia Miraflores.

En un momento determinado, Carlos preguntó a George:

—Ayer decías que querías saber cómo iba a desarrollarse la acción. Si quieres te puedo contar qué es lo que hay preparado.

—Sí, no me vendría mal enterarme —contestó con ironía.

Carlos no hizo demasiado caso a su chulería, pero Sullivan, dio un resoplido de disgusto y comenzó a retorcerse las manos. Carlos, que iba mirando por el espejo retrovisor, entendió la excitación de Sullivan. Se apartó a un lado de la carretera, en el comienzo de un bosque de castaños y paró el coche.

—Conduce tú —le dijo a Sullivan—, Yo, mientras, le explicaré el trabajo con todo detalle.

Sin decir palabra, Sullivan obedeció la orden de su compañero. La marcha y la charla prosiguieron.

—Como sabes, tú te ocuparás de barrenar la puerta del túnel. Para

salir de la cueva, llevaremos mascarillas que nos permitan pasar a través de la polvareda que se formará. Cada uno tiene una misión que cumplir. Digamos que la tuya habrá terminado en el momento que estemos fuera, pero claro está, tendrás también que ponerte a salvo como todos. Y tendrás que participar en la huida, por lo tanto.

»Max, el capitán, Jeoffrey y yo, entraremos en la factoría. Max se quedará en la puerta para proteger nuestra entrada o mejor dicho la salida que será el momento más importante, puesto que ya no existirá el desconcierto del primer momento. Max no sólo lleva la ametralladora, sino que lleva también granadas de mano, gases lacrimógenos y algún otro invento más. Eso lo sabe él mejor que nadie. Jeoffrey, el capitán y yo entramos en la factoría. Por supuesto todos vamos armados. Conocemos perfectamente dónde está la caja fuerte donde se guardan las joyas, ya preparadas para su venta. Aquí entra Jeoffrey que es quien tiene que sacar el botín de la caja.

»Mientras tanto Sullivan se quedará con el coche al otro lado de la montaña, justamente a la salida opuesta del túnel.

»Una vez con las joyas en la mano, el botín es de unos cuantos cientos de millones de dólares, exactamente quinientos, el capitán saldrá el primero con el valioso cargamento. Jeoffrey y yo le cubrimos la retirada. El, se las entrega a Max, que desde ese momento no tiene otra misión que correr por el túnel atravesando la montaña, hasta donde está el coche. El capitán, nos cubre la retirada a mí y a Jeoffrey y es el último en salir, después de hacer estallar una carga de dinamita en el lugar que tú encuentres más adecuado y que debemos comunicarles. El piensa que sería en el patio central de la factoría. Tú debes de confirmar si es el mejor sitio o no.

Debemos esperarle tan sólo un minuto, si no viene, la orden es salir corriendo.

—Todo está claro, pero no me has dicho que hago yo cuando termine mi misión.

—Puedes hacer dos cosas, o quedarte en la puerta del túnel, defendiendo la retirada hasta que pase Max y echar a correr tras él, o cuando explosiones el túnel te diriges directamente hasta donde está Sullivan, en el coche.

George se quedó pensativo unos momentos. No quería estar solo con Sullivan en unos momentos como aquéllos. Era una persona muy excitable y corría más riesgo con él que en la retirada del túnel con una pistola en la mano.

—Me quedo en la puerta del túnel hasta que llegue Max.

—Bien, muchacho, no esperaba menos de ti —le contestó Carlos—. No pensé que los ingenieros tuvieseis agallas.

—¡Hombre!, no te creas que todos los días me coloco en una puerta y

me lío a disparar a todo el que pasa, pero si no hay más remedio…

Estaban llegando ya a Miraflores. Tan sólo habían transcurrido dos horas desde que salieron de «El Bolito».

—Podemos tomar aquí un refrigerio —dijo Carlos—, ¿Están de acuerdo, chicos?

Los dos respondieron al unísono afirmativamente. George necesitaba tomar algo porque se le había quedado la boca seca con la conversación.

Entraron en una especie de caseta de madera. En el porche había dos cabras atadas al poste. Unas cuantas gallinas y un poco más allá un cerdo, se paseaban tranquilamente sin preocuparles en absoluto las visitas.

George echó un vistazo a su alrededor. Aquello estaba muy sucio. Las mesitas de madera fabricadas rústicamente y los taburetes parecían casi de juguete. Por un momento pensó en la exuberante mulata que despachaba en «El Bolito», «No le cabría el culo aquí», y se sonrió.

El olor que salía de lo que George supuso que sería la cocina, situada tras una cortina cuyo color era indescifrable, era delicioso. Como si adivinara su pensamiento, Carlos dijo:

—Todo está muy sucio, excepto la cocina. Y la vieja guisa muy bien. ¿Quieren vino y un poco de cabrito?

Sullivan asintió con la cabeza sin emitir ruido, George respondió:

—Está bien. Y me alegra que me hayas dicho que la cocina está más limpia que todo lo demás. No es que sea demasiado remilgoso, pero…

—¡Señorito…! —masculló entre dientes Sullivan.

George pasó por alto el comentario sin darle mayor importancia. Estaba visto que Sullivan quería buscarle las cosquillas. Si no se andaba con cuidado, tendría problemas con él.

Fueron atendidos con rapidez por una vieja vestida con la falda y el corpiño de colores, bajo el poncho que llevaban los indios. Sus trenzas grises, bien peinadas, se balanceaban al andar.

Terminaron de comer y Carlos pagó a la mujer. Salieron al coche y cogieron la carretera a Labranzagrande. A cuatro kilómetros de allí se encontraba el objetivo.

* * *

—Estamos ya a unos tres kilómetros nada más —dijo Carlos—. ¿Ves esa montaña, un poco más alta que las dos que la rodean?

—Sí —contestó George.

—Ahí detrás está la mina y la factoría. Podremos entrar por el túnel, hasta donde está obstruido. Podrás ver la composición de la tierra y el sitio idóneo para que no nos llegue la explosión a nosotros dentro de la ratonera. Pero no podrás ver realmente al objetivo hasta que no estemos

dentro.

—¿Cuándo será el golpe? —preguntó George.

—Mañana —le dijo Carlos—. Mañana a las doce; es cuando hacen el relevo de la guardia. Los pillaremos in fraganti.

—Está bien. ¿Puedes parar aquí, por favor? Quiero ver la morfología del terreno.

En aquel trecho de carretera se ensanchaba un poco. Sullivan paró en el arcén. George bajó del coche, mientras los otros dos permanecieron dentro. Tomó un puñado de tierra en la mano y le dejó escurrir poco a poco entre sus dedos. Volvió a hacer otra prueba y regresó al automóvil.

—Es tierra blanda, no creo que haya problemas, aunque la carga que debemos meter no puede ser demasiado potente, volaría toda la montaña. La arenisca se convierte en polvo a la mínima.

—Entonces —continuó Carlos— no crees que tengamos problemas con esto.

—Me extrañaría. Ahora bien, pasaremos un kilómetro más allá y luego veremos en la falda de la montaña. No sería lógico que la formación del terreno cambiase en tan corto espacio. Además el color, a simple vista, parece el mismo, Desde luego, no es una teoría muy científica. Esperemos a ver la tierra.

En las dos paradas siguientes el terreno seguía siendo el mismo. Aunque se le había añadido una escasa proporción de arcilla, el terreno no se endurecía.

Por fin llegaron a la falda de la montaña. El ruido de un helicóptero que se acercaba les hizo levantar la cabeza hacia el cielo.

—¿Y si se extrañan de nuestra presencia aquí? —preguntó un tanto alarmado George.

—Todo está previsto —respondió Carlos en tono tranquilizador—. Somos de la televisión colombiana, aquí tenemos los papeles. Sullivan —dijo a su compañero que todavía no había abierto el pico—, saca las cámaras y el trípode, montaremos el tinglado en toda la regla. Si se acerca por aquí alguna patrulla, no hay nada que temer, George. El capitán piensa en todo, muchacho, es un buen profesional.

—Ya veo, ya —dijo un poco más tranquilo.

—Mientras Sullivan prepara las cámaras, nosotros podemos acercarnos al túnel. Está a unos quinientos metros, detrás de aquellos matojos. No todo el mundo recuerda que aquí hubo otro túnel distinto al actual. Hubo varias muertes en su interior, antes de buscar las esmeraldas a tajo. Y cuando se taponó, la gente no se paró a pensar si se había obstruido todo o en parte.

—¿Cuántos hombres trabajan en la montaña? —preguntó George.

—Unos doscientos, en su mayoría indios.

—¿Qué pasará con ellos cuando oigan la explosión?

—No pasará nada. Se limitarán a correr, o a meterse en el bolsillo el trozo de berilo que hayan encontrado durante la jornada, por si tiene algún valor.

—En ese caso no podemos fallar en cuanto a la explosión se refiere, ni en la primera, ni en la segunda. Puede morir mucha gente.

—La gente ya se ocupará de sí misma —dijo Car los—. Aquí se está muy acostumbrado a poner los pies en polvorosa en cuanto se observa la mínima cosa rara. Y en este caso la explosión no va a ser mínima. La gente saldrá corriendo. Tranquilo. No llevarás más muertes que las necesarias sobre tu conciencia.

—¡No sabes lo tranquilo que me dejas! —volvió a decir con sorna—. ¿Podría ver algún mapa de la factoría por dentro?

—Sí. Aquí tenemos una foto que conseguimos a precio de oro, del patio interior de la factoría, donde el capitán cree que se debe poner la carga.

Le alargó una fotografía perfecta, sacada desde el aire, de la entrada del patio de la factoría. Construida dentro de la montaña, la factoría propiamente dicha parecía inexpugnable.

—Será el mejor sitio, creo yo también. Pero habría que ver si no sería más útil colocar la segunda carga en el lado opuesto de la montaña. Depende de lo que queráis conseguir. Si la ponemos en el lado opuesto, es decir desde aquí, la factoría será tragada por la propia montaña y quedará sepultada. Si lo hacemos desde el patio la onda expansiva puede que tapone también la puerta del interior de la factoría. El resultado vendría a ser el mismo, con una sola diferencia. En el primer caso, la fábrica es irrecuperable, en el segundo no.

—Se lo preguntaremos al capitán, ¿de acuerdo? —respondió Carlos.

—Sí. Ahora vayamos al túnel. ¡Ah! Otra cosa que te quería preguntar. —Y señaló en la foto—: La alambrada que rodea el patio central, ¿por cuántos soldados está protegida?

—Mira. Aquí justo en la entrada de la verja, ves una especie de construcción. Ahí piden los pases para entrar desde el exterior. Ese es el cuartelillo. Habrá unos diez soldados. Luego está este otro punto. —Carlos señaló la entrada que comunicaba la montaña donde excavaban los indios al aire libre y el patio o explanada de entrada a la factoría—. Aquí hay cinco soldados más. Y en los cuatro ángulos de la alambrada, dos. En total unos veinticinco soldados.

—¡Bonito número! —dijo George.

—Pueden ser fácilmente controlados si se hacen las cosas bien.

George no contestó nada. Él era ingeniero de minas, no estratega.

Fueron caminando hasta la boca del túnel, perfectamente oculta entre unos matorrales que habían crecido allí mismo. La falda de la montaña tenía poca vegetación, pero tenía esparcidos pequeños

bosquecillos y arbustos que facilitarían la huida.

Entonces a George le asaltó otra duda.

—Y una vez en el coche, con el botín en la mano, ¿dónde vamos?

—Esa es una buena pregunta. Volvemos a Bogotá.

—¡Pero eso es una locura! Estará todo controlado y cerrarán el paso por carretera.

—¡No pretenderás que vayamos volando! —dijo

Carlos—, Tranquilo, hombre, todo está pensado. A la entrada de Labranzagrande tenemos una furgoneta y un coche. Nos dividiremos. Tú vienes conmigo y con el capitán. Los otros se van en la furgoneta y se reunirán con nosotros en Bogotá al día siguiente. El capitán llevará el botín al que luego habrá que darle salida. Pero ésa es otra cuestión. Si nos para algún control, aunque dudo mucho que lleguen a tiempo, seguimos llevando los papeles de la televisión colombiana.

—¿Y yo? —preguntó George.

—Tú eres tú, un ingeniero de minas que asesora el programa. Un ciudadano norteamericano aquí se considera casi un dios.

—¿Y luego?

—Luego haces tu vida normal cuando lleguemos a Bogotá. Te vas al hotel donde te hospedas y asunto terminado. Ten en cuenta que el golpe nos llevará unas cuatro horas, todo lo más. Si no hay ninguna complicación, saldremos de la mina en quince minutos. Ese es el tiempo máximo que podemos estar allí. En Labranzagrande hacemos el cambio de coches, y llegamos a Bogotá en dos horas, más las dos de ida y el cuarto de hora en la factoría hacen un total de cuatro horas o cuatro horas y media. No está mal. Es una bonita forma de ganar dinero con rapidez, ¿no te parece?

George no supo qué contestar. En ese momento recordó a Arlie y a Betty. ¿Qué estarían haciendo?

Inspeccionaron el túnel y llegaron hasta la obstrucción. George fue anotando todas las cuestiones que creyó de importancia. A la media hora, salieron nuevamente a la luz.

Sullivan seguía en el mismo sitio con las cámaras colocadas en posición.

Cuando llegaron a él, Carlos preguntó:

—¿Alguna novedad?

—Ninguna —contestó.

—Pues recoge todo esto y vámonos —ordenó Carlos.

Afortunadamente George no estaba solo con aquel antipático energúmeno y a la vista estaba que Carlos le sabía dominar perfectamente. Mientras no se quedara solo con él, todo iría a las mil maravillas. Pero George seguía sin comprender por qué Sullivan le había tomado manía.

* * *

Alrededor de las tres de la tarde George regresó al hotel. Betty y Arlie estaban ya dispuestos para la comida.

—Pensábamos empezar sin ti, tío George. Llevas unos días que no nos haces ni caso —dijo el pequeño.

—Tengo una serie de compromisos que no puedo dejar, Arlie. Pero todo terminará pronto. Nos iremos probablemente dentro de dos días.

Betty le lanzó una mirada de complicidad, mezclada con un sentimiento de miedo.

—¿Y qué tal te va con los compromisos? —preguntó Betty con habilidad de para que Arlie no sospechara nada.

—Estupendamente. Ahora vamos a comer. Me imagino que tendrás apetito, ¿eh, Arlie?

—Claro, tío George, siempre tengo apetito.

Terminaron la comida hablando de cosas intranscendentes. Betty sugirió a George la asistencia a una fiesta que daban los indios costeños por ser el día de su patrón, en un local público.

—Y habrá dragones de fuego y bailes y trompetas… —le dijo con tono sugestivo Arlie.

George pensó que aquello le vendría bien para relajarse de la tensión sufrida durante el día. Además debería de acostarse temprano. La mañana siguiente sería mucho más dura aún. Tan dura que no sabía si saldría vivo de allí. Desechó aquella idea de su cabeza.

Fueron a la fiesta y en un momento en que Arlie estaba distraído, George puso a la joven al corriente de todo lo que pasaría por la mañana.

—Si me pasa algo no abandones a Arlie. Y recuerda que te quiero.

Estrecharon sus manos y Betty apoyó la cabeza en el hombro de George mientras, en medio de un ruido ensordecedor, la fiesta continuaba.

* * *

George pasó toda la noche dando vueltas. Por si eso fuera poco, Arlie había tenido pesadillas y tuvieron que atenderle él y Betty.

Había quedado con el capitán y sus hombres a las nueve de la mañana en una covacha de las afueras de Bogotá que Carlos le había enseñado el día anterior para que conociera el camino. Su propietario, un alcohólico que tan sólo consumía guarapo en cantidades industriales, no llegó ni a ver al grupo, tal era su borrachera.

Últimaron detalles y cada uno explicó su cometido y los pasos a dar

tras la primera explosión. De la segunda se encargaría el capitán en persona que había decidido colocar la carga en el patio, como fue su primera idea.

Todos parecían tranquilos, pero George llegó a pensar si, como en su caso, la procesión iba por dentro.

Tomaron el Land Rover que llevaría durante todo el camino Sullivan. George miró una vez más los rostros de sus compañeros. Tal vez esas caras eran las últimas que iba a ver en su vida.

Llegaron sin ninguna novedad a Labranzagrande y cogieron la bifurcación hacia la mina de esmeraldas.

Apenas si cruzaron unas palabras entre ellos. Todos iban concentrados y tratando de grabarse en la cabeza los pasos que tenían que dar una vez allí.

Era las doce en punto y cada uno estaba en su puesto. George tenía la mano puesta sobre el detonante. El ruido fue atronador.

Rápidamente se colocaron las mascarillas y George fue el primero en ir hacia la inmensa polvareda que impedía toda visión. Hasta él llegaron las voces y los gritos.

Poco a poco, mientras la polvareda se disolvía, el capitán, Carlos y Jeoffrey habían llegado a la verja metálica que daba paso al patio central se la factoría. El tableteo de la Thompson de Max, martilleaba los oídos de George, que en la boca del túnel comenzaba a ver el caos formado en la mina.

Dos soldados disparaban alocados hacia todas partes. La construcción situada a la entrada que Carlos le dijo que era el cuartelillo, había desaparecido. En su lugar no quedaba más que un montón de escombros.

Vio todavía entre humo y polvo la silueta de Max que saltaba de un sitio a otro disparando como un poseso. De un tremendo salto subió a la torreta de vigilancia, una vez abatido el soldado que la protegía. Desde allí se hizo el amo de la situación.

George desconocía qué es lo que estaba pasando dentro. Pero no habrían transcurrido cinco minutos, cuando vio salir al capitán con dos sacas de tamaño considerable. Se las entregó a Max que, de un salto descomunal, se había lanzado al suelo desde la torreta. Y con las sacas en la mano empezó a correr hacia donde estaba George a una velocidad endiablada. Las casas daban la impresión de contener paja.

George, provisto de una pequeña metralleta, agudizó el sentido de la vista para proteger la escapada de Max, que pasó a su lado adentrándose en el túnel, como una exhalación

George hizo intención de seguirle, pero en ese mismo momento vio al Capitán rodeado por tres guardias que le apuntaban con sus rifles. Sin tener excesiva conciencia de lo que hacía en ese momento, le gritó:

—¡Tírate al suelo!

Y a continuarán empezó a disparar sin mirar bien el blanco. Los soldados cayeron abatidos.

Una vez pasado el peligro, Jeoffrey y Carlos atravesaron el patio a toda velocidad. El capitán recogió del suelo el rifle de uno de los soldados muertos y les cubrió la retirada.

George seguía a la entrada del túnel como si le hubiesen pegado los pies a tierra.

Pasaron corriendo los dos hombres, pero él siguió allí. Por último, el capitán disparando a todos lados fue reculando hasta que llegó cerca de George.

—¡Vamos, eche a correr, salgamos de este infierno!

Como accionado por una espoleta George comenzó a correr como no lo hacía desde que dejó la Universidad.

En el túnel retumbaban los pasos de los dos hombres. En ese instante una segunda explotación tuvo lugar.

Y George no recordó nada más. Cuando quiso darse cuenta estaba en Labranzagrande, bien vestido y bien peinado sentado en el asiento de atrás de un coche que conducía Carlos y del que era copiloto el capitán.

Capítulo VI

ABRAZÓ a Betty y a Arlie como si viniera de la guerra. El «golpe» había sido un éxito pero él todavía seguía en tensión.

No fue capaz de probar bocado y al poco tiempo de llegar al hotel, se tumbó en la cama un rato para descansar.

Betty subió tras él. Había dejado a Arlie en el salón de televisión del hotel viendo una película.

Abrió la puerta con todo cuidado sin hacer ruido. George ya estaba tumbado sobre la cama. Ni tan siquiera se había quitado las botas. Betty se sentó junto a él.

La presencia de su cuerpo hizo que George abriera los ojos.

—¡Querida! —y la abrazó con ansiedad.

Betty buscó sus labios enloquecida. Acarició el pelo de George y le besó apasionadamente.

George pasó una mano por su muslo. Ella, sin decir palabra, se desabrochó la cremallera del pantalón y casi sin moverse, con gran habilidad, los dejó caer sobre la alfombra. El resto lo hizo George.

Más tarde Betty se levantó de la cama y salió de la habitación con el mismo sigilo que había entrado.

George se reunió con ellos a las siete de la tarde. Ya empezaba a anochecer. Les propuso comer en uno de los restaurantes gallegos que poblaban la Séptima, algún plato típico. Luego entrarían en algún local de juegos electrónicos, que apasionaban a Arlie.

Y así lo hicieron.

Regresaron pronto al hotel George se sentía muy cansado de la excitación de la mañana. Al día siguiente tenía una nueva cita con el capitán y no tenía ni la más remota idea de qué se trataba.

—Lo mejor será que te acuestes —le dijo Betty echándole un cable.

—No, tío George, todavía es muy pronto. ¡Caramba! —dijo el niño—, los mayores siempre estáis cansados. ¡Qué aburrimiento!

—Está bien —dijo Betty—, yo me quedaré contigo jugando un rato.

—¿A los bolos? —preguntó entusiasmado Arlie.

—Está bien, a los bolos —dijo suspirando Betty.

Y dirigiéndose a George que ya se encaminaba a las escaleras para subir al cuarto:

—Menos mal que la bolera está aquí mismo que si no…

* * *

—Usted dirá —preguntó George al capitán—. Creo que terminó mi trabajo. Todo salió perfecto, ¿no es así?

—Desde luego. Yo quería darle las gracias. Me salvó usted la vida. No sé cómo ocurrió, lo cierto es que me vi rodeado en un momento. Gracias una vez más. Ahora quería pedirle un favor que sólo usted puede hacer, puesto que es amigo de Walter.

George pensó que una nueva complicación le iba a surgir. El capitán prosiguió:

—Tiene usted que gestionar la venta de las piedras en Nueva York. Allí está el contacto de Walter que las dará salida. Ese era el cometido de Thompson.

—Pero yo no puedo hacer ese trabajo, yo no…

—Escúcheme —le interrumpió el capitán—. Usted ¡tiene que hacerlo!

Su tono era amenazador.

—Sabemos que Walter frecuentaba una pizzería en la calle 32, «Vesubio». El resto es cosa suya. Pregúntele a Walter cuando llegue a Nueva York. Tal vez ya se encuentre mejor y pueda echarle una mano o liberarle de este trabajo. A mí me da igual quien lo haga. Pero hay que hacerlo. ¿No pensará dejarnos colgados, verdad? A los muchachos no les iba a gustar nada, se lo aseguro. Es mejor que se las arregle para dejar este asunto zanjado. Yo iré allí en su momento. Sólo tiene que dejarme una dirección de contacto para avisarle. Llevaré las piedras conmigo.

—Está bien. Al parecer no tengo otra salida. Mañana mismo salgo para Nueva York. ¿Satisfecho?

—Todavía no —respondió el capitán.

Y se marchó cada uno por su lado.

* * *

El «Vesubio» estaba efectivamente en la Calle 32. Cuando George entró había solamente dos clientes en la pizzería. Se acercó a la barra y pidió una pizza margarita y una cerveza.

Se trasteó en el bolsillo de la chaqueta hasta que dio con la foto. Cuando la camarera se acercó a dejarle la cerveza, le hizo una seña para que se acercara:

—Por favor, ¿conoce usted a este hombre?

La camarera le miró con desconfianza, pensando que era un policía.

—No, no le he visto en mi vida —contestó.

George comprendió que no le iba a ser fácil que alguien le reconociera.

—¿Sería tan amable de decirle a su compañera que venga también?

—Enseguida, señor.

Se acercó a la joven de color que en aquel momento se colocaba el gorrito que llevaba en la cabeza. Le musitó algunas palabras al oído y al poco tiempo, la joven se dirigió hacia George.

—¿Qué quiere? —preguntó en un tono algo insolente.

—Querría saber si ha visto usted a este hombre. —Y le enseñó la foto de Walter—. Es muy amigo mío y le he perdido la pista. Sé que venía por aquí.

La chica se quedó dudando. Por un momento George pensó que le iba a dar la misma respuesta que su compañera, pero no fue así.

—Sí, le he visto algunas veces. Ha venido hace poco. La semana pasada, creo. Vino con un señor que tiene una sastrería aquí cerca, una calle más abajo. El sastre come aquí casi todos los días. Se llama Heston y la sastrería lleva también su nombre.

George Ofreció a la camarera la mejor de sus sonrisas.

—Muchas gracias —respondió—. Tráigame ahora la pizza.

Y dejó sobre la mesa un billete de diez dólares. La joven miró el billete, lo cogió y se lo metió en el escote.

—Gracias por la propina, señor.

Y se alejó hacia el lado de la barra que tenía a su cargo.

George devoró la pizza para terminar cuanto antes. Aún tenía tiempo de ir a visitar al sastre.

La tienda no era ninguna maravilla. Pequeña y con poca luz, George no comprendió cómo podía tener clientela.

Empujó la puerta y una campanilla chivata se puso a tintinear.

De la trastienda salió un hombrecillo con gafas redondeadas que a George le recordó a alguien.

—Buenos días, señor —dijo amablemente—, ¿Qué desea?

—Verá, yo quería saber si conoce usted a este hombre —dijo a bocajarro George.

El sastre se puso en guardia. Sus ojos comenzaron a mirar a todos lados por encima de las gafas y sus manos denotaron nerviosismo.

George le alargó la fotografía.

—En mi vida. Nunca. No le he visto jamás. ¿Quién es usted? ¿Es policía? En ese caso no me ha enseñado la placa.

—No, soy un amigo de este hombre. Me habían dicho que usted le conocía.

—Pues le han mentido. Ya le he dicho que no le he visto en mi vida.

Lo siento. Ahora por favor, discúlpeme, tengo que terminar un traje a medida para esta tarde y voy muy atrasado. Buenos días.

Y volvió a entrar en la trastienda. George salió del comercio.

Heston marcó un número de teléfono y sólo dijo estas palabras:

—Ya ha llegado. Ha venido a verme.

* * *

George se dirigía al Waldorf Astoria, donde habían vuelto a hospedarse tras su viaje a Colombia. Se paró ante el escaparate de una juguetería. Había un pequeño extraterrestre, a imagen y semejanza de E.T. que se movía y accionaba los dedos al igual que el muñeco. Pensó en comprárselo a Arlie.

Dos siluetas se reflejaron en el cristal del escaparate y se colocaron a ambos lados. Uno dijo:

—Acompáñenos y no oponga resistencia. Le apuntan dos pistolas.

Y sin más, subió al coche que le indicaron.

Cuando recobró el conocimiento había cuatro hombres ante él.

—Dinos dónde están las esmeraldas —le dijo alguien.

Los focos le impedían ver los rostros con nitidez.

—No sé dónde están —contestó rápidamente—. Yo no las he traído.

George no sabía si eran policías o no los que le habían cogido, pero confió en que no lo fueran. Acababa de meter la pata diciendo que no las había traído. Y sin saberlo, eso fue lo que le salvó de una buena paliza.

—Está bien. Ahora vas a salir de aquí y nos avisarás en cuanto lleguen.

Procura no engañarnos porque estaremos al tanto. Y lo puedes pasar muy mal tu chica y el negrito. ¡Ten cuidado con lo que haces!

George no entendía muy bien quiénes eran aquellos rufianes. «Lo más probable es que sean otros que están detrás de las esmeraldas también. En ese caso alguien les ha tenido que comunicar el golpe. ¿Quién habrá sido?» Mientras hacía todas estas reflexiones recordó las palabras que uno de ellos acababa de pronunciar: «Lo pueden pasar muy mal tu chica y el negrito,»

Le volvieron a subir al coche y en esta ocasión le vendaron los ojos en lugar de propinarle otro golpe en la nuca.

Le hicieron bajar en la misma juguetería donde le habían cogido. Antes de marcharse uno de los hombres le repitió:

—¡Ten mucho cuidado con lo que haces! Te vigilamos.

George aceleró sus pasos y entró con toda rapidez en el hotel. Se acercó a recepción y preguntó por Betty.

—La señorita ha salido con el niño y dos señores que han venido a buscarla. No me dejó ningún recado para usted. Lo siento, señor.

La rabia le llegó a la cabeza. ¡Aquellos cerdos se habían llevado a Betty y al niño para asegurarse de que no les iba a traicionar!

Subió los escalones de dos en dos. Luego, en la primera planta cogió el ascensor que se hallaba parado. Buscó mientras tanto la llave de la habitación.

No había hecho nada más que entrar cuando sonó el teléfono.

—¿Señor Brunner? —dijo la telefonista.

—Yo mismo.

—Un momento, por favor.

—George, ¿cómo estás? ¿Todo bien?

George creyó reconocer la voz del capitán.

—¿Quién es?

—Soy el capitán, muchacho. Tengo que verte. He traído un regalito para ti. Nos vemos en media hora, ¿puede ser?

—Por mi parte no hay ningún inconveniente.

George dio un suspiro. ¡Tal vez la visita del capitán cambiara el rumbo de las cosas!

Salió como una centella hacia el café donde había quedado con el jefe. El «Hollywood» estaba muy cerca de allí y tan sólo tardó siete minutos en llegar. El capitán no había llegado todavía. Pidió un café en la barra y encendió un cigarrillo dispuesto a esperar.

Al poco tiempo un hombre elegantemente vestido entró en la cafetería.

—Buenos días, George. Te veo con muy buen aspecto.

—¡Qué hay, capitán! Le veo muy cambiado yo también. Con respecto a mi aspecto, me cuesta trabajo creer que sea bueno. Han secuestrado al hijo de Walter y a la joven que le cuidaba. Los dos estaban conmigo en el hotel.

—¿Cómo ha sido eso?

—Escúcheme, capitán. Creo que tenemos muy poco tiempo para arreglar las cosas. Alguien ha dado el soplo de lo de las esmeraldas.

—¡Eso es imposible!

—Eso es cierto, capitán —dijo George con vehemencia—. Hace pocas horas unos hombres, a los que no conocía de nada, me han secuestrado por un espacio corto de tiempo y me han preguntado por las esmeraldas. Luego lo de Betty y el niño. Una de dos: o ha sido usted el que ha ordenado todo esto, o son otros. Usted lo sabrá mejor que nadie.

—Cuénteme los pasos que ha dado para ponerse en contacto con la persona que veía a Walter.

George le contó al pie de la letra lo que había pasado desde que

entró en la pizzería. También le explicó la suerte que había corrido Walter, aunque no aclaró que había sido unas semanas antes.

—Creo que tiene razón, George. Alguien nos ha delatado. Está bien, ándese, entonces, con los ojos bien abiertos.

Las esmeraldas están en una bolsa de deportes en la consigna número dieciséis de la Estación Central de Autobuses. Yo tengo que marcharme y voy a dedicarme a averiguar quién ha sido el soplón, aunque tengo ya mis sospechas. A usted le toca decidir si confía en el contacto de Walter o no. Suerte, George. Le llamaré en cuanto sepa algo. Tal vez lo mejor sea que espere a mi llamada para tomar cualquier decisión. Si a mí me ocurriera algo, por lo menos sabe dónde encontrar el botín. Apáñeselas.

George le tendió la mano sin responder. Aquel asunto le perseguiría hasta la muerte.

* * *

—Tranquilo, Arlie, seguro que están rodeando la casa. Menos mal que tomamos la decisión de llamarles. Y todo por temor a que le ocurriese algo a George —dijo Betty.

Arlie sollozaba asustado. La joven le tenía abrazado junto a sí y le acariciaba la cabeza.

—¿Nos van a matar, Betty?

—No digas tonterías. Anda, intenta dormirte. Verás cómo llega la policía enseguida.

No había terminado de decir la frase cuando hasta el sótano llegaron los ruidos producidos por un tiroteo.

—¿Lo ves? —dijo alborozada Betty—. Ya están aquí.

Arlie se puso a dar saltos de alegría y a gritar con todas sus fuerzas.

El tiroteo cesó. Unos pasos bajaron precipitadamente las escaleras. La puerta se abrió. Un hombre de uniforme, seguido por otros dos se quedó frente a ellos.

—¿Están ustedes bien? —preguntó.

Betty y Arlie se abrazaron por toda respuesta.

* * *

George estaba como una fiera enjaulada en la habitación del hotel. No sabía qué hacer ni adónde acudir.

De pronto una idea cruzó por su cabeza. ¡Heston, el sastre! ¡Tenía un tremendo parecido con Jeoffrey! La primera vez que le vio pudo saber a quién le recordaba, pero ahora estaba seguro. ¡Se parecía mucho a Jeoffrey! Y si tal vez…

Sin pensarlo dos veces salió del hotel, cogió un taxi y se dirigió a la sastrería. Lo más probable es que estuviera cerrada. Pero había que intentarlo.

Se quedó una calle más arriba. Así podría dominar mejor la situación. Se fue acercando con cautela hasta la puerta. Una tenue luz salía del interior del local.

Heston estaba allí, tras el mostrador y frente a él había un cliente. ¡Era Jeoffrey!

George se dio la vuelta para marcharse de allí. Regresaría al hotel y esperaría la llamada del capitán. ¡Jeoffrey había sido el traidor!

Pero dos potentes brazos le sujetaron. Dando traspiés le introdujeron en un Packard negro que acababa de llegar hasta él. Una capucha negra y un fuerte golpe fue todo lo que sintió.

* * *

Abrió los ojos muy despacio. La blancura del techo y de las paredes le cegaron.

Con lentitud intentó llevarse la mano a la cabeza pero se sintió desfallecer. Todo le daba vueltas y no veía con claridad.

Entre brumas, creyó ver una silueta conocida. Melena rubia, alta, esbelta. Fue siguiendo, con gran esfuerzo la figura hasta llegar al rostro. Entre una espesa neblina creyó reconocer el rostro de ¡Betty! Cerró los ojos como si recobrara fuerzas y los volvió a abrir.

Efectivamente era Betty. ¡Y a su lado estaba Arlie!

—George, tío George —creyó oír.

Luego, otra voz desconocida para él dijo:

—No le fatiguen ahora, por favor, ha recibido un golpe muy fuerte. Y debe de tener dolores en la pierna.

George oyó la conversación desde muy lejos. Pero supo que estaba vivo, que Betty y el niño estaban con él y que pronto volvería a…

Por un momento dejó estos pensamientos de lado. Multitud de dudas le asaltaron. Ahora empezaba a recordar…

—¿Dónde estoy, Betty? ¿Qué ha pasado? —dijo con voz muy queda.

Betty se acercó a él y depositó un beso en su frente. El niño volvió a gritar:

—Tío George. ¿Estás bien? ¡Has hablado, has hablado!

Betty le cogió la mano y le apretó como signo de alegría. Su sonrisa no podía ser más espléndida.

El gorro de la enfermera apareció entre las cabezas como una visión.

—Vamos, señor Brunner. Tranquilícese. Está usted en el hospital, en el Hospital Central. Su estado es bueno y tiene todas las cosas en su

sitio. Recibió un fuerte golpe en la cabeza que le produjo un traumatismo craneal, del que se recupera favorablemente. También recibió un golpe en una pierna. Le hemos operado y creemos que todo volverá a ser como antes.

George sintió un gran alivio al haber escuchado con claridad las palabras de la enfermera. Su cabeza parecía más despejada y empezaba a comprender todo lo que había sucedido, hasta el coche… Pero ¿y después?

Betty, adivinando sus pensamientos, se apresuró a decir:

—La banda de Jeoffrey y su hermano te metieron en un coche, cerca de la sastrería. Ellos fueron los que te dieron el golpe. Lo que tú no sabías era que Arlie y yo estábamos sanos y salvos y que la policía te estaba siguiendo. Cerraron el paso al coche que te llevaba y el encontronazo que os disteis al intentar huir de la policía fue lo que te hizo herirte en la pierna. Jeoffrey está muerto. Iba al lado del conductor y recibió el golpe de lleno contra la farola. Su hermano está gravísimo. Y eso es todo.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? ¿Y quién le dijo a la policía que me siguiera? ¿Y…?

—No entiendes nada, tío George —interrumpió Arlie—. Fuimos nosotros los que avisamos a la policía.

—¿Vosotros? ¿Cuándo?

—Cuando te marchaste, bueno no recuerdo cuándo, porque te has estado marchando mucho todos estos días.

Arlie continuó:

—Cuando te marchaste, Betty y yo estábamos muy preocupados por ti. Entonces llamamos a la policía. Les dijimos que te estaban haciendo un chantaje para meterte en un lío…

Arlie, al ver que no se explicaba con demasiada claridad, miró a Betty y le dijo:

—Bueno, lo que no entienda se lo explicas tú luego, ¿eh?

Y prosiguió hablando con George.

—Entonces la policía vino hacia aquí, bueno aquí al hospital no, al hotel, para preguntarnos mejor. Y entonces se encontraron con que dos hombres nos llevaban. Nos siguieron y nos sacaron del sótano y luego te siguieron a ti y se salvaron a ti.

—Perfecto, Arlie —dijo George—. Ahora lo entiendo todo. Gracias a los dos.

Y extendió una mano a casa uno.

—Ahora vendrá la policía para que les expliques todo. Lo único que les falta saber es dónde están las piedras. No tendrás más remedio que decírselo si lo sabes —dijo Betty.

—¿Y el capitán? —preguntó George—. ¿Sabéis algo de él?

Betty asintió con la cabeza.

—Ha muerto. Le mató Jeoffrey cuando se vio descubierto. Le mataron en la sastrería, poco antes de llegar tú.

—¿Y de las esmeraldas nadie sabe nada, entonces?

—Nadie —dijo Betty.

—Nadie —repitió Arlie.

—Sólo nosotros —dijo Betty—. O mejor dicho, sólo tú. ¿Porque tú lo sabes, verdad?

George no contestó. En ese momento sintió un fuerte dolor en la pierna.

—¿Quieres que llame a la enfermera? —le preguntó Betty.

—¿No estaba ahí? —dijo George.

—No. Salió hace un rato de la habitación. En cuanto vio que nos poníamos tiernos.

—No, no la llames todavía.

Hubo un silencio en la habitación. Luego, George habló de nuevo:

—Sí, le diré a la policía dónde están esos preciosos berilos de color verde oscuro. Pero antes quiero que veáis una cosa. Betty, por favor, ¿quieres traerme mi chaqueta?

La joven obedeció.

—Mirad —dijo George rompiendo el forro a la altura del pecho.

Un ¡Oh! de admiración se escapó de los labios de Betty y del niño. Una preciosa esmeralda tan grande como una nuez brillaba entre los pálidos dedos de George.

—¿Verdad que es una maravilla? —dijo George—. La cogí del suelo, os lo prometo.

Y mirando a Betty le dijo:

—Aquella mañana, ¿recuerdas?, en la montaña… Pues en el tumulto a alguien se le debió caer, porque me la encontré en el suelo. Y ahora es mía. Mejor dicho, nuestra.

—Eso es un buen seguro de vejez —dijo Betty con humor.

—Esto es para que lo disfrutemos los tres juntos, ¿os parece?

Y abrazó a los dos contra su pecho.

FIN

ISBN 84-02-09278-0



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.